

Sobre el uso de las categorías de *derecha* e *izquierda* en el campo literario*

Gisèle Sapiro

ÉCOLE DES HAUTES ÉTUDES EN SCIENCES SOCIALES (EHESS)

sapiro@ehess.fr

Recibido: 20/09/2016

Aceptado: 06/11/2016

RESUMEN

La historia intelectual utiliza las categorías de *derecha* y *izquierda* sin tener en cuenta su aplicación en los ámbitos culturales y su significado. Este artículo presenta un análisis de esta cuestión a partir del estudio de la lógica de importación de la categorización política de *derecha* y *izquierda* en el campo literario francés y de la manera como esta categorización ha evolucionado desde el siglo XIX hasta los años 50.

Palabras clave: campo literario, campo político, categorías derecha/izquierda, Francia.

ABSTRACT. *On the use of 'Right' and 'Left' in the Literary Field*

Intellectual history uses the political categories 'Right' and 'Left' without taking into account their application to and meaning in cultural spheres. This paper analyses this topic based on the study of how 'Right' and 'Left' were used in the French literary field and how that use evolved from the end of the 19th century to the 1950s.

Keywords: literary field, political field, right/left political categories, France.

SUMARIO

La transposición de la oposición derecha / izquierda al campo literario

Retrato sociológico del escritor «de derechas» y del escritor «de izquierdas»

Los fundamentos de la ideología literaria de izquierda

El advenimiento de una izquierda literaria a partir de la liberación

Referencias bibliográficas

Autor para correspondencia / Corresponding author: Gisèle Sapiro. École des hautes études en sciences sociales. Bureau 829. 190-198 avenue de France 75013 Paris.

Sugerencia de cita / Suggested citation: Sapiro, G. (2016). Sobre el uso de las categorías de *derecha* e *izquierda* en el campo literario. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 130(2), 99-124.

* Este artículo se ha publicado previamente en la revista *Sociétés et représentations*, 2001/1, págs. 19-53. Artículo traducido por Marc Figueres. Damos las gracias a Frédérique Matonti porque, en su versión actual, este artículo debe mucho a las ricas discusiones mantenidas con ella, a su atenta lectura y a sus sensatas observaciones.

Como categorías fundamentales del pensamiento político, la historia cultural pone en circulación espontáneamente las nociones de *derecha* y de *izquierda* para clasificar las actitudes políticas de los intelectuales. Pero, aunque la historia de las ideas se ha orientado hacia los contenidos ideológicos que estas ideas incluyen y hacia su redefinición con la transformación de los asuntos políticos, raramente se examinan estas nociones preconstruidas como tales. La perspectiva esencialista plantea dos escollos epistemológicos. El primero afecta a la pertinencia de la utilización de esta oposición binaria como principio de clasificación. No negaremos esta pertinencia en el presente artículo, pero tampoco nos ahorraremos una reflexión sobre las modalidades de aplicación o, mejor dicho, de transposición de esta oposición en los universos culturales (el campo literario, en nuestro caso) y sobre los parámetros específicos con los cuales se tiene que relacionar esta oposición en su seno. El segundo escollo deriva del primero: si estas categorías tienen la ventaja de ser esquemas de percepción a los cuales los agentes y sus contemporáneos (periodistas, críticos) recurren a menudo para clasificar y clasificarse, presentan también, por eso mismo, un riesgo, el de la falsa familiaridad, que solo se puede superar historizando el sistema de clasificación interno y la significación social de las categorías que derivan de él en el universo concreto que estudiamos. Sin la pretensión de dar respuestas exhaustivas a estas dificultades, intentaremos aportar aquí algunas reflexiones a partir de un estudio sobre el campo literario francés de los años 1920 a 1950, un período de fuerte movilización de los escritores en el escenario político. Es también un período de fijación y de universalización de las nociones de *derecha* e *izquierda* como categorías principales de identificación política en Francia. Insistiremos, más concretamente, en dos dimensiones muy conocidas, pero a menudo escondidas en los enfoques empíricos, de la polaridad espacial como esquema de percepción del mundo social: la asimetría y el principio relacional (por muy repulsivo que sea) sin el cual no existe ninguno de los dos polos.

Las categorías políticas de *derecha* e *izquierda*, que aparecieron bajo la Revolución Francesa, se han fijado progresivamente en el vocabulario parlamentario, pero no es hasta el final del siglo XIX cuando sustituyen a otras de percepción política como *rojos* y *blancos*, y se convierten en las categorías fundamentales de la percepción política, en un primer momento dentro de las fronteras que las vieron nacer (Francia) y después en otros lugares.¹ La universalización de estos indicadores espaciales como categorías del pensamiento político tiende igualmente a la simplificación y a la permuta de categorías discontinuas en un continuo por el procedimiento de duplicación (la misma izquierda incluye al mismo tiempo una izquierda y una derecha) o mediante la introducción de un centro, que permite a su vez otros matices, como centroizquierda, centroderecha, extrema izquierda, extrema derecha (matices que se adoptaron a partir de la Restauración) (Bon, 1985).² Pero esta universalización es un resultado de la fuerza de sugestión de estos matices como esquemas fundamentales de división del mundo.

En su estudio sobre «La preeminencia de la mano derecha», Robert Hertz mostró que la asimetría orgánica entre la mano derecha y la mano izquierda no era suficiente para explicar el privilegio social de que gozaba universalmente la mano derecha, sino que, más bien, contribuía a esta asimetría orgánica el sistema de representaciones preexistente, que opone lo sagrado a lo profano, lo noble a lo vulgar y vil, fuerza a debilidad, el principio masculino al principio femenino, el lado derecho al lado izquierdo (Hertz, 1970). Estrechamente ligada al orden religioso, la lateralización a la derecha es una de las características más compartidas por las sociedades tradicionales y persiste bajo formas laicizadas en las sociedades industrializadas.

1. Para un análisis detallado de la aparición de estas nociones espaciales en el vocabulario político y su difusión, véase el estudio de Marcel Gauchet (1993). Véase también Louis Dumont (1990).

2. Daniel Gaxie (1978: 84) insiste en el papel de los pares en la estructuración de los ámbitos políticos europeos en el siglo XIX.

En 1789, la adopción de la oposición horizontal entre el lado derecho y el lado izquierdo de la Asamblea Nacional francesa simbolizó la ruptura con un orden social jerarquizado y con su representación vertical de arriba a abajo. Sin embargo, se han podido establecer continuidades entre la bipartición de la Asamblea de 1789 y la repartición de los escaños en los Estados Generales de Francia (específicamente con el retorno del clero a su lugar originario, que era el lado derecho) (Laponce, 1981: 48). De hecho, bajo la apariencia de la neutralidad, la simetría y la reversibilidad derivadas de la representación espacial horizontal (por oposición a la representación vertical que predomina en las sociedades en que la jerarquía social está codificada en la ley), las categorías políticas *derecha* e *izquierda* se cargan semánticamente con las representaciones asociadas a la oposición cultural fundamental: la derecha ligada a lo que es noble y susceptible de una translación hacia arriba, la izquierda con lo que es innoble y tendente hacia abajo, lo cual traduce la nueva visión jerárquica del mundo social, que opone la «élite» al «pueblo».

Pero, a diferencia de la lateralización a la derecha que caracteriza a la mayoría de los sistemas de representación del mundo, la política moderna aparece semánticamente lateralizada a la izquierda (ideología de izquierda).³ Como explica el politólogo canadiense Jean Laponce, la política tiene que resituarse en un sistema de conjunto en que, con la religión siempre al lado derecho, la política se resitúa de inmediato a la izquierda, ya que esta amenaza el orden inalterable que deriva de la visión religiosa del mundo (Laponce, 1981: 44-45). Testimonio de esto es el desprecio que los mantenedores del orden y los representantes de «la élite» social manifiestan respecto a la política desde los inicios de la Tercera República francesa: asimilada al parlamentarismo, la política aparece como vulgar, sucia, vil y denigrante, como veremos más adelante. La izquierda, utilizada con más agrado que la derecha y reivindicada más a menudo como etiqueta política, determina también enormemente el mapa político,

3. También Albert Thibaudet (1932: 17) había constatado este fenómeno desde 1932.

la emergencia de nuevos movimientos en su seno (el socialismo y después el comunismo) que animan ritualmente el cambio del juego parlamentario. En el caso de la derecha, en cambio, la denominación, adoptada en un primer momento por determinados partidos se abandona rápidamente,⁴ y se tiende a negar la existencia de una derecha y de una izquierda.⁵ En efecto, este fenómeno es en parte resultado de la menor unidad entre las esferas de influencia de la derecha, atravesadas principalmente por la oposición entre republicanismo y antirrepublicanismo. Pero es también la expresión de «la ideología de izquierdas» citada anteriormente. El conservadurismo, que se caracteriza por la aceptación del orden establecido como un hecho autoevidente, no se constituye como actitud política, es decir, como «reacción»,⁶ hasta el momento en que este orden se ve amenazado o en peligro por el lado de la izquierda.

Era preciso hacer estas consideraciones previas para abordar la cuestión que aquí nos interesa: las condiciones de transposición de las categorías de *derecha* y de *izquierda* al campo literario y su importancia social. Después de algunas hipótesis sobre la transposición de estas categorías como esquemas de clasificación en el campo literario y su función, esbozaremos, a partir de una encuesta estadística,

4. Véase Rémond, R. (1982: 390)

5. Esta constatación hizo afirmar a Alain, en 1931, la célebre frase: «Cuando alguien me pregunta si aún tiene sentido la distinción entre partidos de derecha y partidos de izquierda, hombres de derecha y hombres de izquierda, la primera idea que me viene a la mente es que el hombre que me hace esta pregunta evidentemente no es un hombre de izquierda». Respuesta de Alain al estudio de Beau de Loménie (1931), *Qu'appellez-vous droite et gauche ?*

6. «Así, el conservadurismo liberal de los sectores de la clase dominante que tienen la reproducción asegurada hasta el punto de ser obvia se opone a las disposiciones reaccionarias de los sectores que, amenazados sobre su futuro colectivo, solamente pueden mantener su valor relacionándose con el pasado y refiriéndose a él, refiriéndose a los sistemas de valores, es decir, a una lógica de la determinación del valor, que corresponde a un estadio superado de la estructura del campo de las clases sociales.» Pierre Bourdieu (1979: 530).

un retrato sociológico del escritor de derechas y del escritor de izquierdas en el período de entreguerras, e indicaremos los límites de un enfoque como este. Seguidamente, nos preguntaremos por los fundamentos literarios de «la ideología de izquierdas» en el mundo de las letras en aquella época, antes de abordar el cambio de la relación de fuerzas entre «la izquierda» y «la derecha» del campo literario en el momento de la liberación de Francia y el advenimiento de una verdadera izquierda literaria en torno a Jean-Paul Sartre y la revista *Les Temps Modernes*.

LA TRANSPOSICIÓN DE LA OPOSICIÓN DERECHA / IZQUIERDA EN EL CAMPO LITERARIO

Francis Haskell (1989: 147 y siguientes) recuerda lo que el lenguaje artístico debe a la politización general de la vida inducida por la Revolución Francesa: es entonces cuando términos como *vanguardia*, *reaccionario* o *anarquista* entran en el repertorio de los que escriben sobre las artes. Pero si se puede decir que la tendencia a relacionar el estilo y la política data de la Revolución Francesa, el recurso al vocabulario político en la crítica de arte no se convierte en una práctica corriente hasta el período romántico, y más concretamente durante el segundo cuarto del siglo XIX. Así, Stendhal empezó su crítica del Salón de 1824 con la declaración siguiente: «Mis opiniones, en pintura, son las de la *extrema izquierda*», con lo cual las disociaba de sus opiniones políticas, que eran de «centroderecha» (Stendhal, 1972: 5-7). Pero un uso del vocabulario parlamentario como este, provocador en Stendhal, es aislado. Por otra parte, el proceso de autonomización del campo literario en relación con los poderes político, religioso y económico cuestiona la legitimidad del recurso al lenguaje político en materia de literatura.⁷ Este proceso se debe, por una parte, al fin del mecenazgo y a la industrialización del mercado del libro en el siglo XIX, que hace surgir, contra la ley del mercado, la reivindicación de un valor estético diferente del valor comercial de las obras (con el

reconocimiento de los iguales contra el éxito de ventas), y, por otra, se debe a la diferenciación progresiva de las actividades literaria, política, periodística y a la profesionalización de los agentes de cada uno de estos espacios a partir de principios del siglo XX. La transformación de las prácticas políticas con la llegada de un régimen democrático en la Tercera República también contribuye al alejamiento de los escritores, estos aristócratas del pensamiento y del verbo, que no esconden su desprecio frente a la «cocina parlamentaria». No es casual que, en un momento en que el mercado del libro experimenta una expansión y una crisis sin precedentes (Charle, 1979), estos dos fenómenos (capitalismo y democracia) estén estrechamente asociados en las representaciones internas; los valores negativos que no tiene el primero sirven para estigmatizar al segundo y viceversa: intereses particulares, demagogia, clientelismo, búsqueda de votos, ley de mercado y ley del número... estas expresiones son suficientes para resumir los principios de repulsa que dictan las representaciones que los escritores tienen del capitalismo y de la democracia, principios que se fundamentan en la incompatibilidad de los valores que estos dos sistemas promueven con la concepción elitista de la práctica literaria y con el vínculo con el lenguaje que supone esta práctica:⁸ «La lengua francesa es una lengua erudita, es aristocrática por naturaleza y por contextura; de la democracia solo le pueden venir inconvenientes», decía Charles Maurras en una entrevista con Frédéric Lefèvre en 1923.⁹ El éxito de *Action française* en el campo literario tiene mucha relación con la doble denuncia de la democracia y del imperio del dinero en las letras, sobre la cual se funda una doctrina que da a la política sus títulos de nobleza, y arraiga en una filosofía social y en una teoría estética. Pese a de este antagonismo

7. Sobre el proceso de autonomización del campo literario, véase Pierre Bourdieu (1971 y 1992). Sobre la promoción de los valores puramente estéticos, Albert Cassagne (1997[1906]).

8. Frédéric Bon (1985: 561-565) ofrece una de las claves para comprender este antagonismo cuando explica que, al contrario de las prescripciones de la retórica culta, que condena la abundancia de las figuras del discurso y la sobrecarga del término, el lenguaje político abusa de figuras como la prosopopeya y la metáfora, que prefiere, además, «vulgar» y «laboriosa» antes que refinada.

9. Entrevista con Charles Maurras, en Frédéric Lefèvre (1996: 263).

entre el parlamentarismo y el elitismo de los ratones de biblioteca, y a pesar de las resistencias de una parte de ellos, el vocabulario político se ha adaptado en la «República de las letras».

La transposición de las categorías políticas de derecha y de izquierda como esquemas clasificatorios al campo literario procede de un doble movimiento, el de la universalización de las categorías espaciales como significantes de la identidad política a principios del siglo xx y el de la legitimación de las categorías políticas como sistema de clasificación pertinente en el seno del campo literario.

Es justamente a principios de siglo cuando las nociones de derecha y de izquierda, que habían quedado confinadas a la práctica parlamentaria, entran en las campañas electorales, y se convierten en las «categorías primordiales de la *identidad* política» (Gauchet, 1993: 408).¹⁰ Esta transformación del vocabulario político es fruto de la concurrencia de factores diversos, en particular el aumento del poder de los socialistas, que modifica las reglas del juego parlamentario, la emergencia de los partidos, la adhesión de una fracción de los conservadores a la República, la aparición del «nacionalismo» y, sobre todo, la bipolarización engendrada por el caso Dreyfus: «Derecha e izquierda se impondrán, pues, como los nombres por excelencia de estas dos Francias, que se enfrentan apasionadamente por lo esencial, la verdad, la justicia, la religión, la nación, la revolución» (Gauchet, 1993: 413). La adopción de estos nombres, evidente a partir de las elecciones de 1902 en que ganaron las izquierdas, se confirma en las luchas sobre la cuestión religiosa en el momento de la separación entre la Iglesia y el Estado, y se generaliza a partir de las elecciones de 1906. Inmediatamente antes de la Primera Guerra Mundial, este uso se consagra definitivamente. Se tendría que relacionar este fenómeno con la emergencia, en el cambio de siglo, de un grupo de profesionales de la política que hicieron de mediadores en el proceso

de politización de la población francesa¹¹ y con el incremento fulgurante de las tiradas de la prensa, lo que aseguraba una gran difusión de las categorías mencionadas.¹²

La generalización del uso de las categorías espaciales como marcadores ideológicos (un factor exógeno al mundo literario, puesto que tiene que ver con una evolución del lenguaje propio de la actividad política en un momento en que esta actividad se especializa) no está, pues, menos ligada a la coyuntura histórica que ha visto nacer a los «intelectuales» como grupo social y como fuerza política: el caso Dreyfus (Charle, 1990). La gran movilización de los escritores de los dos bandos opuestos, con Maurice Barrès y Émile Zola como figuras preeminentes, el recurso a las demandas de ambos sectores, la consolidación de esta bipartición en los grupos sociales (los salones literarios se escindieron políticamente) y, finalmente, su institucionalización bajo la forma de asociaciones y de ligas (Liga de los derechos del hombre, Liga por la patria francesa) probablemente favorecieron la transposición de las divisiones políticas como forma de clasificación pertinente en el campo literario. Es sobre todo el caso de la liga de *Action française*, fundada por Charles Maurras, a la que Albert Thibaudet atribuye un papel de primera magnitud en la adaptación de la oposición derecha/izquierda en el seno del mundo de las letras: «No es cierto que [*Action française*] la haya creado, ni tampoco que la haya utilizado habitualmente. Este fue más bien el primer diario político que surgió de ambientes exclusivamente literarios. [...]»

10. La cursiva es de Marcel Gauchet (1993).

11. Max Weber (1959) analiza especialmente la aparición de estos profesionales de la política. Sobre su papel en el proceso de politización, véase Bernard Lacroix (1985: 530).

12. La tirada total de los diarios parisinos pasa de 2 millones a 5,5 millones de ejemplares; la de los diarios provinciales, de 700 000 a 4 millones. Mientras que en 1889 el diario más vendido, *Le Petit Journal*, se estabilizaba, muy por encima de los otros, en casi 600 000 ejemplares, en 1912, *Le Petit Parisien* tiene una tirada de 1 295 000 (Delporte, 1999: 44-45).

Se consolidó el hábito de denominar a los amigos de *Action française* como escritores de derechas, y como escritores de izquierdas a los herederos de los publicistas dreyfusianos» (Thibaudet, 1932: 29).¹³

Aunque el caso Dreyfus jugó el papel de catalizador, ello no es suficiente para explicar la fortuna que tuvo la clasificación derecha/izquierda en el campo literario de entreguerras. Entre la fijación de un principio de clasificación de los escritores según sus actitudes políticas, que no es sino una clasificación más, y la legitimación del recurso al vocabulario político como principio de categorización que engloba las posturas éticas y estéticas, visto como forma de demarcación de las posiciones en el campo literario, hay un salto cualitativo y no una relación de causa-efecto. A falta de una investigación más profunda, ya podemos plantear los factores endógenos que han favorecido este proceso de transposición de la clasificación derecha/izquierda. Como espacio donde la lucha por la conservación o la transformación de las relaciones de fuerza adopta una forma abierta y vuelve a ocupar ampliamente la fractura entre «viejos» y «jóvenes», «ortodoxia» y «heterodoxia», el campo literario es un espacio propicio a la bipolarización, característica que comparte con el ámbito político. Esta especificidad sustenta, por otra parte, la gran movilización de los escritores durante el caso Dreyfus, movilización que procede también de las transformaciones del campo intelectual con la expansión de la universidad republicana (Charle, 1990). La aparición de una derecha literaria, que ha contribuido a la politización del mundo de las letras, tal como se ha dicho, está fuertemente ligada a estas transformaciones. Pero la adopción de una clasificación derecha/izquierda en el campo literario tiene mucha relación con su capacidad de sumarse a las oposiciones preexistentes (como retaguardia frente a vanguardia), según el procedimiento de la duplicación,¹⁴ y sobre la geografía

literaria (lado derecho [*rive droite*] / izquierdo [*rive gauche*] del río). En 1929, Bernard Grasset indica también: «Se dice, en pintura, “pomposo” y “vanguardia”, en literatura “izquierda” y “derecha”. Siempre es lo mismo, “a favor y en contra” de lo que se hacía ayer» (Grasset, 1929).¹⁵ Como escribió Pierre Bourdieu:

[...] la oposición entre la derecha y la izquierda que, en su forma fundamental, concierne a la relación entre los dominantes y los dominados, puede también, a costa de una primera transformación, designar las relaciones entre fracciones dominantes y fracciones dominadas de la clase dominante, las palabras *derecha* o *izquierda* adquieren entonces un sentido próximo al que adquieren en expresiones tales como «teatros del lado derecho del río» o «del lado izquierdo»; [esta oposición], en un grado suplementario de desrealización, puede servir también para distinguir dos tendencias rivales de un grupo artístico o literario de vanguardia, y así sucesivamente (Bourdieu, 1979: 547).

Convertida en plataforma para el acceso al gran público, la prensa es el lugar donde se efectúan estas transferencias de sentido del universo político al mundo literario, y, sin duda, ha tenido un papel decisivo en este proceso, proyectado por determinados sectores del campo literario, que encuentran un medio para asegurar su posición, en un momento de transformación del mercado y de las modas de consagración, con la aparición de los jurados literarios.

La constitución de una extrema derecha literaria en el cambio de siglo se ha podido interpretar como signo de ideología de derechas del mundo de las letras de esta época. Y, de hecho, la fuerte movilización ideológica de la derecha literaria en esta época es una reacción al cientificismo triunfante, a las reformas educativas (la de la enseñanza secundaria de 1902, que pone en duda la hegemonía de la cultura clásica y del latín e introduce un itinerario moderno científico), al desarrollo de la universidad republicana y de la Nueva Sorbona,

13. Respuesta de Albert Thibaudet al estudio de Beau de Loménie (1931).

14. Sobre este proceso, que permite superponer y organizar una serie de oposiciones según una antinomia simple y que desde este punto de vista es, junto con la aumentación, uno de los procesos predilectos de las taxonomías construidas por las ideologías, véase Frédéric Bon (1985: 556-557).

15. Referencia que me ha comunicado personalmente Philippe Olivera.

a la que se acusa de fabricar «proletariado intelectual» (Bompaire-Evesque, 1998). Es también una réplica a la difusión del internacionalismo socialista en la Escuela Normal Superior.¹⁶ Bajo este vínculo, la evolución de Charles Péguy, estudiante de esta universidad, socialista, dreyfusiano, respecto al catolicismo y el nacionalismo, traslucía las contradicciones inducidas por su posición entre campo universitario y campo literario. La rivalidad entre escritores y profesores (representados por la Académie Française, de una parte, y la Nueva Sorbona de la otra) por el monopolio de la legitimidad intelectual, en el imaginario de los escritores, coincide con la fractura social entre herederos y becados, la cual no está desligada de fundamento social.¹⁷ En *La République des professeurs* (1927), Albert Thibaudet la identifica con las discrepancias geográficas entre París y el resto de las regiones francesas, lado derecho e izquierdo del río, y, evidentemente, con la polaridad política derecha/izquierda (Thibaudet, 1927). Pero la realidad de estos vínculos de concurrencia entre campo literario y campo universitario y su traducción en el terreno político y social no han de ocultar las divisiones internas de cada uno de estos universos, según principios homólogos, como lo testimonian los posicionamientos de unos y otros en el caso Dreyfus (Charle, 1990).

Así, las fracturas políticas pueden ser una manera de marcar los conflictos generacionales en el campo literario. El nacionalismo y el gusto por el orden reivindicados por la generación que se afirma en torno a 1910, tal como se deduce del estudio de Agathon sobre *Les jeunes gens d'aujourd'hui* (1913), se rebelan contra el anarquismo literario de los simbolistas de primera generación, según explica Georges Valois:

Hacia 1895 se produjo el apogeo del anarquismo literario y filosófico. [...] Durante diez años, los jóvenes padecieron la influencia de todos los escritores que representaban la anarquía moral, intelectual y política. Eran socialistas, revolucionarios, anarquistas. Había, ciertamente, otro sector de tendencia tradicionalista. Pero eran completamente ignorados. [...] Quince años más tarde, inversión total de las posiciones.¹⁸

Estas fracturas pueden remitir, una vez más, al aislamiento de los dos circuitos de producción y de difusión, el amplio y el restringido. Las categorías espaciales se ajustan así perfectamente a la geografía literaria que opone, desde la primera década del siglo, *rive droite* y *rive gauche*, gran prensa y pequeñas revistas (*Mercure de France*, *Nouvelle Revue Française*), teatro de bulevar y teatro de innovación (Odéon, Vieux Colombier), Académie Française y Academia Goncourt, «academicismo» y «creación».¹⁹ La «guerra de las dos orillas del río», una expresión del desarrollo de las pequeñas revistas, pero también de la expansión de la prensa y de la profesionalización de los periodistas,²⁰ parece estar en el punto más álgido justo antes de la Primera Guerra Mundial.²¹ Sin embargo, esta expresión aún no tiene una traducción explícita en términos políticos. Si bien la clasificación derecha/izquierda no está presente en el estudio de Agathon de 1913 sobre *Les jeunes gens d'aujourd'hui* (que invoca unas veces la oposición tradicionalista/revolucionaria y, otras, las familias ideológicas –anarquista, socialista o monárquica–) (Agathon, 1995[1913]), la vemos aparecer el mismo año bajo la pluma de Alfred Capus. Este autor de comedias de éxito, que acababa de ser nombrado académico, en relación con la importancia

16. Esta cita, signo de la imposición de esta representación en los ambientes cultos, procede del testimonio de François Poncet a Agathon: «En la Escuela Normal Superior, no hace mucho, se podían oír ecos de la Internacional por los pasillos» (Agathon, 1995[1915]: 186).

17. El reclutamiento de los escritores es, en efecto, más elitista que el de los profesores parisinos, como lo ha mostrado Christophe Charle (1982: 9).

18. Testimonio de Georges Valois en Agathon (1995[1913]).

19. Véase André Billy (1947a y b).

20. A partir del final de siglo, «entre los periodistas conocidos, desde este momento uno de cada tres ya no tiene nada en común con el hombre de letras, frente a uno de cada cinco treinta años antes», constata Marc Martin (1997: 61).

21. Esta da lugar a un estudio de la revista *Les Marges*. Véase «Enquête sur la guerre des deux rives», *Les Marges*, n.º 38-40, enero-abril de 1913. Sobre la historia de esta «guerra», véase Marie Carbonnel (2000: 97 y ss).

que adquirieron los premios literarios, manifiesta su preocupación por el hecho de que la vinculación del éxito dependa cada vez más de criterios alejados del mérito; y añade: «También es indispensable que se diga si la obra es “de derechas” o “de izquierdas”, de manera que se sepa inmediatamente a qué atenerse según las opiniones que uno tiene». ²² Así, desde este momento, la identificación política de las obras es sospechosa de intervenir en su selección y evaluación, en un momento de transformación de las formas de consagración.

De hecho, la aproximación entre la caracterización política de las obras y los premios literarios no es fortuita. Imponer la clasificación derecha/izquierda como forma de percepción del campo literario encuentra un terreno de aplicación idóneo en la aparición de unas nuevas instancias designadas para orientar el gusto del público: los jurados literarios. La asimilación del funcionamiento de estas asambleas de iguales que se pronuncian con el voto de la mayoría en las prácticas parlamentarias favorece la generalización de las categorías de derecha e izquierda como principio de diferenciación pertinente en el mundo de las letras, especialmente porque estas se añaden a representaciones preexistentes. En la Académie Française, que poseía el monopolio del reconocimiento institucional hasta finales del siglo XIX, había la costumbre de distinguir dos grupos: el de los escritores «profesionales» y el de los escritores del mundo «*amateur*» (Peter, 1949). ²³ El caso Dreyfus implicó una redistribución de los papeles y la adhesión casi inmediata de veintidós académicos (escritores incluidos) a la Liga de la Patria francesa (Charle, 1977: 240-264). Los escritores de la Academia se dividen entonces entre la «derecha» y la «izquierda» académicas, bipartición que corresponde *grosso modo* a la fractura política del

republicanismo frente al antirrepublicanismo, pero también a oposiciones de orden literario, tema sobre el que insistiremos más adelante.

Pero son sobre todo las batallas electorales en la Academia Goncourt, fundada en 1903, las que fijan la propensión a percibir los asuntos literarios de acuerdo con las categorías de izquierda y de derecha. Porque, a diferencia de la Cúpula, donde el voto es secreto, la joven academia hace público su escrutinio. La repercusión de este premio anual concedido a una novela, que va creciendo a medida que se convierte en un acontecimiento mediático y, por lo tanto, en una apuesta económica por la edición, es una novedad en el campo literario; ²⁴ transforma radicalmente las formas de reconocimiento y, en consecuencia, los principios de regulación del mercado editorial, mientras que la divulgación de las peleas electorales alimenta la puesta en escena mediática de la vida literaria.

La Academia Goncourt parecía predispuesta a decantarse hacia la izquierda por su afiliación con el naturalismo, por su oposición explícita a la Académie Française y por la posición social de sus miembros, puesto que el testamento de Edmond de Goncourt prohibía la cooptación de «señores» y de hombres del mundo *amateur*. Pero el impactante posicionamiento de Émile Zola a favor de la revisión ocultaba la división provocada por el caso Dreyfus en el seno de la escuela naturalista (Charle, 1979, 167 y ss.). La adhesión de Léon Daudet a *Action française* en 1904 no tardó en disipar el error de estas expectativas, y consolidó la existencia de dos campos políticos en la Academia Goncourt, dentro de los cuales el de «la izquierda» política tenía como portavoz a Lucien Descaves, apasionado de la Comuna y conocido antimilitarista, antaño perseguido por la justicia por su novela *Sous-Offs* (1889). Las estrategias de los jurados

22. Estas palabras las cita Henri Dagan en el diario *Action* y se reproducen en la sección «Revue» de *Les Marges*, n.º 46, 15 de abril de 1914, pág. 298.

23. El autor tiene en cuenta otra división en tres grupos: los «peones», o miembros de la enseñanza superior; los «caporales», poetas, autores dramáticos y otra gente de pluma, y los «duques», grupo que incluía igualmente a los otros señores y a sus amigos de «la alta plebe» (Peter, 1949: 19-20).

24. Exceptuando el premio de poesía, hasta aquel momento la Académie Française solo concedía premios honoríficos de poca visibilidad. Su función de reconocimiento se limitaba principalmente a la cooptación. La creación del Gran Premio de literatura de la Académie Française en 1912, y después del Premio de novela en 1915, testimonia la adaptación de la vieja institución del *quai* de Conti a las nuevas reglas del juego impuestas por su versión joven.

para huir de estas clasificaciones políticas no hacen más que intensificarlas. En 1917 Lucien Descaves, quien, junto con su adversario político Léon Daudet, apoyaba la candidatura de Courteline, protegido de Octave Mirbeau, escribía al presidente Gustave Geffroy: «Yo voto hasta la izquierda por mi candidato de derecha (como se ve): *Georges Courteline*».²⁵

La coyuntura de la guerra acentuó la propensión a interpretar políticamente la elección de los jurados. El premio concedido en 1916 a *Feu* de Henri Barbusse pareció una victoria del campo de la izquierda pacifista; en cambio, el premio de 1919 (que enfrentó a Marcel Proust con Roland Dorgelès, autor de *Croix de bois*) fue percibido por la prensa de izquierda, de *L'Humanité* a *L'Oeuvre*, como una victoria de la «derecha» de la asamblea dirigida por Léon Daudet. Anticipándose a las apuestas de voto en *L'Oeuvre* del 10 de diciembre de 1919, André Billy afirmaba que «la lucha se circunscribirá entre dos favoritos, el de la derecha, Marcel Proust, por su libro *A la sombra de las jóvenes en flor*, y el otro, Roland Dorgelès»; Gabriel Reuillard trató a Proust como «el hombre de mundo, uno de estos visitantes asiduos de salones de la alta sociedad, cobijados a la sombra de las jóvenes en flor –como dicen ellos–, que se lo ha montado bien en altos círculos de la derecha, muy a la derecha...»²⁶ (se ve aquí la expresión, en el campo literario, de esta ideología de izquierdas semántica que condena la derecha a ser designada y denunciada como tal por la izquierda). El año siguiente, la elección de René Maran (en detrimento de Léon Daudet) por *Batouala*, subtitulada *Véritable roman nègre*, en que el autor denunciaba las costumbres de la administración colonial, fue aclamada por la prensa de izquierdas.²⁷

25. Carta de Lucien Descaves a Gustave Geffroy, carta del 9 [illis] 1917 (la cursiva es de Lucien Descaves). Carton R.19 Correspondencia de Lucien Descaves a Gustave Geffroy, Fonds Gustave Geffroy, Archivos de la Academia Goncourt.

26. Citados por Micheline Dupray (1986: 195 y 196).

27. Como en las otras asambleas, la nuestra tenía una *derecha* que [Henry] Céard [próximo a Léon Daudet] había abandonado para unirse al lado de la *izquierda*, ¡de la cual –sin duda– parecía que yo formaba parte!», comenta Lucien Descaves (1946: 524).

Tal como muestra el caso de Marcel Proust, las categorías políticas tienden a distanciarse de las actitudes políticas adoptadas por los escritores y de la oposición entre dreyfusianos y antidreyfusianos (recordemos que Proust había sido dreyfusiano), pero también de los contenidos ideológicos reales o supuestos de las obras, lo que demuestra su adaptación en el seno del campo literario. Es así como estas categorías se introducen en la oposición preexistente entre dos imágenes sociales del escritor, el refinado y el bohemio, que divide el mundo de las letras desde la Revolución Francesa (Darnton, 1983; Siegel, 1991) (Roland Dorgelès, que no era un hombre de izquierdas, había formado parte de la bohemia de Montmartre). A propósito de una crítica que André Billy había dedicado anteriormente a Proust en *L'Oeuvre* –la tendencia del momento a interesarse por el personaje del autor, por su edad, su condición social y su estilo de vida, en vez de tratar de la obra–, el crítico de arte Jacques-Émile Blanche denunciaba en *Le Figaro* un acercamiento a los métodos electorales: «En la crítica, se introducen los “trucos” del agente electoral».²⁸

La nueva situación política al final de la guerra, en una coyuntura de pérdida relativa de la autonomía del campo literario, encuentra una traducción bastante directa en el campo intelectual. El internacionalismo pacifista en su versión comunista tiene también un representante de calidad en la persona de Henri Barbusse, que en 1919 hace una llamada a constituir una Internacional de los intelectuales y coge las riendas del movimiento Clarté, próximo a las concepciones de la Tercera Internacional (Racine, 1967). En la versión humanista, el internacionalismo pacifista está dirigido por la figura no menos emblemática de Romain Rolland, tras el cual se organiza un gran número de escritores para firmar la «Declaración de independencia del espíritu». Esta última provoca de manera inmediata una reacción de los intelectuales nacionalistas y católicos: el manifiesto titulado «Por un partido de la inteligencia», escrito por el crítico católico próximo a *Action française* Henri Massis, proclama su

28. Jacques-Émile Blanche, *Le Figaro*, 22 de septiembre de 1919, en Olivier Rony (1977: 49).

adhesión a las ideas conservadoras y nacionalistas, y adopta como principio «la inteligencia nacional al servicio del interés nacional».²⁹ Ante estas demandas ampliamente difundidas, tiene dificultades para hacerse escuchar el posicionamiento del director de la *Nouvelle Revue Française*, Jacques Rivière, que, al contrario, se planteaba el objetivo de «frenar este obstáculo que la guerra ejerce todavía sobre las inteligencias» y reivindicaba la autonomía de los criterios estéticos (Rivière, 1919: 4). *Action française*, ganadora de la guerra, y el Partido Comunista francés, recién creado, contribuyen ampliamente a la politización de las cuestiones literarias en el período de entreguerras.

El uso de las categorías políticas como forma de clasificación, es decir, como forma de demarcación de las posiciones en el campo literario, se generaliza aún más en la medida en que tratan de compensar el vacío dejado por la desaparición de las escuelas literarias. La adopción de una concepción estética definida por procedimientos formales y temáticas privilegiadas (que, durante todo el s. XIX habían caracterizado las estrategias de distinción de los grupos) ya no es más que lo que hacen las vanguardias e, incluso en su caso, no es suficiente para imponerse en la escena literaria: es a través de un compromiso ético (el posicionamiento colectivo contra la guerra del Rif en 1925) como el grupo surrealista afirma su identidad y asegura su posición (Bandier, 1999). Haciéndose eco de la atracción de los simbolistas por el anarquismo, la politización de esta vanguardia refuerza, a su vez, la tendencia a asimilar las actitudes estéticas con las posiciones ideológicas, tendencia ya incluida en la misma utilización del término *vanguardia*.

De manera más general, las escuelas literarias dejan sitio a los movimientos que se reúnen sobre una base identitaria de los escritores recién llegados o marginales: literatura regionalista, literatura católica, literatura populista, literatura proletaria... (Thiesse, 1991; Serry, 1998 y 1999; Péru, 1991; Ambroise, 1998). Estas formas de reagrupamiento traslucen generalmente una relación

de fuerza desfavorable en el seno del campo literario (escritores procedentes de la periferia que no llegan a forjarse una verdadera posición en la escena parisina, aspirantes más o menos desprovistos de recursos económicos, sociales o culturales necesarios para acceder a las instancias de legitimación más prestigiosas como la *Nouvelle Revue Française*, o para acceder a los salones y a los ambientes de la alta sociedad); sin embargo, van acompañadas de reivindicaciones éticas, incluso políticas, que les confieren más visibilidad y, por el hecho de dirigirse a un público determinado, les permiten hacerse un lugar en la producción editorial.

En el siglo XIX, la literatura era a menudo un trampolín hacia la política, trayectoria de la que Maurice Barrès es todavía, en esta fecha, un representante ilustre. Al contrario, a partir de 1920, la política, aunque a menudo denigrada, se convirtió para muchos aspirantes en una forma de acceso al campo literario (en efecto, por la «puerta de servicio» o por la puerta de la heteronomía), una forma de socialización y, muy pronto, una forma de demarcación de posiciones. Esta introducción de la lógica política tiene que relacionarse, por una parte, con la transformación de la oferta política (las tribunas que los partidos ofrecen a los escritores en la prensa de opinión, las tareas que les confían en su seno y la política de apertura a los intelectuales como la practica el Partido Comunista francés a partir de 1932) (Bernard, 1972; Prochasson, 1993)³⁰; y, por otra, con las transformaciones de la edición y de la prensa. A partir de entonces, las tribunas intelectuales tienden a definirse según su orientación ideológica. También vemos aparecer en esta época, en estrecha relación con las estrategias de los editores a la búsqueda de nuevos públicos, semanarios político-literarios de gran tirada: a la derecha: *Candide* en 1924, *Gringoire* en 1928, *Je suis partout* en 1930 (que muy pronto sería fascista), después 1933...; a la izquierda, *Monde* en 1928 (comunista), *Marianne* en 1932 (radical), *Vendredi* en 1935 (izquierda antifascista). Igualmente, aunque limitado a un circuito de difusión más restringido, hay un conjunto de nuevas revistas de tipo ideológico que

29. El texto de estos dos manifiestos se reproduce en Jean-François Sirinelli (1990: 41-46).

30. Para un análisis de la cuestión del Partido Comunista y de los intelectuales, véase Frédérique Matonti (2000: 405-424).

se desmarcan, de una parte, de las revistas generalistas como *La Revue des Deux Mondes* y, de la otra, de grandes revistas literarias como *Le Mercure de France* o la *Nouvelle Revue Française*. Se trata de *La Revue universelle*, lanzada en 1920 (católica, próxima a *Action française*), *Clarté*, en 1921 (comunista), *Europa*, en 1923 (izquierda pacifista y después comunista), *Réaction*, en 1930 (monárquica católica), *Esprit*, en 1932 (personalistas cristianos), *Commune*, en 1933 (comunista), etc. En conclusión, la experiencia de la guerra, a la que se dedica una parte importante de la producción novelística, favorece la introducción de las ideologías en el universo de la ficción (como es el caso de *Le Feu* de Barbusse, al cual el premio Goncourt procuró una gran repercusión), pero hay que tener en cuenta también la transformación de las prácticas periodísticas y, en particular, la aparición del gran reportaje, que renueva los temas novelescos, como muestra el ejemplo de las novelas de André Malraux dedicadas a las guerras civiles revolucionarias (Rieuneau, 1974).

Esta politización provoca resistencias que, al formularse, refuerzan estas representaciones. Así, Julien Benda denuncia, en 1927, *La traición de los intelectuales* que sacrifican las altas exigencias de su arte a las pasiones partidistas (Benda, 1972). En 1930, Marcel Arland lamenta este paso del juicio estético al juicio político:

No me parece que sea menos peligrosa la contaminación que la política impone hoy en día a la literatura. Los ataques de Julien Benda no han cambiado nada. Un escritor, lo quiera o no, está obligado a contar con los partidos políticos. No puede escribir un libro sin que este sea tildado de inmediato de ser de derechas o de izquierdas.³¹

El estudio de Beau de Loménie, *Qu'appellez-vous droite et gauche?*, de 1931, consagra la utilización de estas categorías en el campo de la producción ideológica, incluso aunque un cierto número de personas interrogadas se niegan a considerarlas pertinentes. «Solamente al hablar de los escritores decimos habitualmente: tal es de derechas,

tal es de izquierdas», responde Albert Thibaudet,³² que no se queda atrás el año siguiente, en su libro *Les idées politiques de la France*, un intento de clasificación de las ideas «de derecha» y «de izquierda»: a la derecha sitúa el tradicionalismo, el liberalismo, el industrialismo; a la izquierda, el jacobinismo y el socialismo, además de la democracia cristiana que «está girando hacia la izquierda» (Thibaudet, 1932).

De hecho, la clasificación precede, en buena medida, y anuncia la fuerte movilización política de los escritores durante los años 1930, cuyo signo (y señal) más visible es el posicionamiento de Gide, símbolo del artista separado del mundo, a favor del comunismo en 1932. Esta politización se acentúa completamente después del 6 de febrero de 1934, con la bipartición entre una derecha neopacifista y una izquierda antifascista. En este aspecto, es significativa la importancia creciente que se da a la actualidad en ese bastión de la literatura pura que es la *Nouvelle Revue Française*, bajo las presiones de Gaston Gallimard, de André Gide y de Malraux (Cornick, 1995). A pesar de los esfuerzos del director de la *Nouvelle Revue Française*, Jean Paulhan, para mantener un equilibrio entre «derecha» e «izquierda» y preservar la publicación de todo dogmatismo, François Mauriac le recrimina en 1935 la deriva política de la revista «[...] incluso si la *Nouvelle Revue Française* se hubiera posicionado a la derecha, me daría la impresión de que esta ha perdido su razón de ser. [...] Quizá, desgraciadamente, se han desvanecido los tiempos en que una revista literaria podía juzgar los acontecimientos desde una posición suficientemente elevada como para no resultar víctima». ³³ En 1937, Jean Paulhan escribe a Marcel Arland:

No puedo sino creer que el papel de la *Nouvelle Revue Française* es, ahora más que nunca, el de no involucrarse directamente en la lucha de partidos. La bajeza de ciertos juicios de valor, más visible aún en *Europe*, *Commerce*, etc. que en

31. Marcel Arland, «Examen» [1930], impreso en Arland (1952: 31-32).

32. Respuesta de Albert Thibaudet al estudio de Beau de Loménie (1931: 76).

33. Carta de François Mauriac a Jean Paulhan, [1935], Fonds Jean Paulhan, Archives IMEC.

Candide o *Action française*] (la cual a menudo se jacta de ser justa), sirve de aviso suficiente. Pero, por lo menos, que nuestra imparcialidad no sea por indiferencia. Querría que la *Nouvelle Revue Française* fuese imparcial con pasión.³⁴

Pero cuando, en 1938, Paulhan consulta a diferentes colaboradores de la revista sobre qué orientación darle para destacar más intensamente su unidad, la compara con *Europe* y *Esprit*, en las que «el alma de la revista» es, según él, «tan sensible»: «Y yo sé bien», añade, «que es, aquí y allá, a costa de un catecismo político moral» del cual la *Nouvelle Revue Française* siempre se ha protegido.³⁵ La política se ha convertido en una forma de demarcación y de diferenciación en el campo literario.

Las categorías de «derecha» y de «izquierda» tienden a insertarse en las oposiciones literarias preexistentes, a las que se superponen en parte, sin coincidir completamente: «de alta sociedad»/«bohémio», «viejos»/«jóvenes», escritores de éxito/aspirantes, retaguardia/vanguardia. Tal como se ha visto, estas no siempre dan cuenta de las actitudes políticas efectivas, pero estas representaciones, en este universo simbólico, tienen igualmente una fuerza de imposición y de prescripción en la medida en que se asocian a las posiciones de las expectativas particulares. Por otra parte, no están totalmente desprovistas de fundamento social, como muestran las grandes tendencias estadísticas.

34. Jean Paulhan a Marcel Arland, [principios de 1937], en Jean Paulhan, Marcel Arland (2000: 55-56). Podría ser que se tratase de *Commune* antes que de la revista literaria *Commerce*.

35. Carta de Jean Paulhan a René Daumal, 11 de abril de 1938, en Jean Paulhan (1992: 48).

RETRATO SOCIOLOGICO DEL ESCRITOR «DE DERECHAS» Y DEL ESCRITOR «DE IZQUIERDAS»

La bipolarización política del campo literario en los años 30 justifica que se intente hacer una aproximación estadística a la evolución del reclutamiento de la «derecha» y de la «izquierda» en el campo literario durante el período de entreguerras, cuyos límites tendremos en cuenta, así como el doble sesgo que introducen, de una parte, la reducción de la gama de actitudes posibles a una oposición binaria y, de la otra, la sobreimposición de un principio de categorización que está lejos de agotarse en los asuntos propiamente literarios. Sin embargo, nuestra investigación sobre las trayectorias de 185 escritores en activo entre la década de 1920 y el final de la década de 1940 permite descargar el peso de las características sociales y de las posiciones ocupadas en el campo literario en las decisiones políticas de los escritores de entreguerras.³⁶

36. Se trata de tomas de posición políticas efectivas. Para controlar mejor los resultados, hemos dividido los posicionamientos políticos de acuerdo con una periodización que corresponde a la transformación de los acontecimientos políticos: 1920-1930, 1930-1934, 1934-1939, 1940-1944, 1944-1947, 1947-1952, 1952-1956. Nos centraremos aquí en el período de entreguerras, y para el período de la ocupación remitimos a nuestro libro *La Guerre des écrivains (1940-1953)*, (Sapiro, 1999). Por lo que respecta a los resultados de los períodos de la posguerra (especialmente a partir del 1947), solamente tienen un valor indicativo sobre la evolución de los escritores de la investigación: para un análisis más profundo hubiera sido preciso considerar los escritores que se iniciaron en el campo literario después de la liberación. De acuerdo con nuestro objetivo, hemos reagrupado las diferentes esferas de influencia según las categorías de derecha y de izquierda (para los escritores demasiado jóvenes al inicio del período o muertos a partir de los años 1940 hay otras tres modalidades, que agrupan las tendencias «otras/no responde», «poco politizado», «no se aplica»). «La izquierda» engloba la extrema izquierda trotskista o similares, los comunistas y sus compañeros de viaje, los socialistas, los radicales socialistas y los demócratas cristianos; la «derecha» combina la derecha conservadora, la extrema derecha (*Action française*, ligas) y las tendencias fascistas; esta incluye el gaullismo en la posguerra. Evidentemente, no se trata únicamente de los militantes, sino también de los simpatizantes. A causa de la debilidad de los efectivos globales, era preciso proceder a unos reagrupamientos un poco toscos, cuyos resultados matizaremos a partir de divisiones más detalladas. Para las fuentes y la construcción de las variables de la investigación, véase el anexo incluido en *La Guerre des écrivains* (Sapiro, *op. cit.*: 703 y ss).

La mayor parte de los escritores «de izquierdas» se encuentran en el seno de la joven generación: más de una tercera parte tienen menos de treinta años en 1920, mientras que los escritores «de derechas» se encuentran en la misma proporción entre los de más de treinta años, y la mitad tienen más de cuarenta años en 1920. Hay que distinguir entre la extrema derecha, que atrae a escritores más jóvenes (dos de cada cinco se sitúan en la franja de edad entre los treinta y uno y los cuarenta años) y la derecha conservadora, en la que dos escritores de cada cinco tienen más de cincuenta años. Esta constante, que corrobora la relación establecida entre el envejecimiento social y la propensión al conservadurismo, se intensifica por dos factores. El primero se relaciona con el ritmo y la forma de evolución propios del campo literario, que, después del Romanticismo, se manifiestan mediante revoluciones simbólicas. El segundo factor es la ruptura que impone la guerra; lo analizó Karl Mannheim: la agitación social acelera la cristalización de nuevas generaciones (Mannheim, 1990: 65-66).

El efecto generacional se confirma por el período de entrada en el campo literario según la fecha de primera publicación: más de la mitad de los escritores «de derechas» iniciaron su carrera literaria antes de la Gran Guerra, mientras que más de tres cuartas partes de los escritores «de izquierdas» son recién llegados al campo literario del período de entreguerras. Por otra parte, los efectivos de la izquierda aumentan regularmente a medida que llegan nuevos escritores (con el doble de frecuencia en la izquierda que en la derecha): pasaron de 39 en los años 20 a 58 a finales de los años 30 (en cifras absolutas); es decir, se pasa de un escritor de cada cinco a un escritor de cada tres para el conjunto de la población estudiada, mientras que la evolución del reclutamiento de la derecha es mucho más débil (de 52 a 61, es decir, de más de un cuarto de la población a un tercio de esta). Pero hay una clara evolución de los efectivos en los dos campos, lo que confirma la constatación precedente de una politización del campo literario en los años 30: la tasa

global de los escritores comprometidos³⁷ (de derechas o de izquierdas) aumenta cerca de un 10% después de 1934, sin incluir a los nuevos escritores nacidos después de 1910.

El corte generacional también se refleja en los lugares de publicación, según el primer editor principal: los escritores «de derechas» generalmente publican en editoriales nacidas a finales del siglo XIX (uno de cada cinco en la muy conservadora Plon, uno de cada cuatro en Albin-Michel, Flammarion, Stock o Calmann-Lévy), mientras que casi dos tercios de los escritores «de izquierdas» publican en las editoriales nuevas que se imponen después de la Gran Guerra: Gallimard, Grasset y, después, Denoël.³⁸

Pero el efecto generacional es solamente uno de los factores de la fractura política, que debe combinarse con las tendencias sociales. En conjunto, los escritores «de derechas» están mejor dotados respecto a todo tipo de capitales heredados y adquiridos: se trata de una «élite» social privilegiada, en comparación con sus colegas «de izquierdas». Desde el punto de vista de sus orígenes sociales según la profesión del padre, los escritores «de izquierdas» pertenecen generalmente a la pequeña burguesía y a las clases populares: dos de cada cinco provienen de estas clases, mientras que esto solo ocurre en uno de cada diez escritores «de derechas» hasta 1934, y estos últimos se sitúan sobre todo en la

37. Militantes, afiliados a un partido, simpatizantes que han hecho pública su preferencia partidista (a la manera de Gide, que anunció en 1932 en su *Journal* el apoyo al comunismo) o incluso, simpatizantes cuyas opiniones son conocidas para su entorno y que se vislumbran en sus escritos públicos.

38. No obstante, hay que matizar esta constatación. Nuestra transcripción distingue, en efecto, entre el primer editor principal y el segundo editor principal (bien simultáneamente o bien según una evolución en el tiempo). Según la primera variable (el primer editor principal), los escritores «de izquierdas» son dos veces más numerosos en Gallimard, Grasset y Denoël que en las otras editoriales. Al contrario, se observa un cambio muy definido de la tendencia en Grasset y Denoël cuando se considera el segundo editor principal, que reequilibra los porcentajes de los autores «de derechas» y «de izquierdas» en estas editoriales. Hay que ver, sin duda, un efecto de la voluntad de estas editoriales, en los años 30, de desmarcarse de las Éditions de la *N.R.F.*, que concentran el poder de consagración simbólica en esta época.

extrema derecha. No obstante, la distancia se reduce después de 1934 cuando, ante la amenaza hitleriana y el ascenso al poder del fascismo, se constituyen grupos de intelectuales antifascistas que permiten a los escritores celosos de su independencia posicionarse sin suscribir las consignas de un partido; y también cuando, ante las amenazas, el Frente Popular confiere a la unión de las izquierdas una respetabilidad y una legitimidad sin precedente. Y si la izquierda todavía recluta dos veces más que la derecha en las capas más necesitadas, también reúne ahora escritores con más renta por origen familiar, mientras que se constata un ligero descenso del enrolamiento social de derechas, un descenso que sin duda es la expresión de la aparición de los movimientos fascistas.

Los escritores «de derechas» y «de izquierdas» no se diferencian por el origen geográfico: cerca de un tercio han pasado la infancia en París y la mitad fuera de París, lo que corresponde a un reclutamiento en el campo literario que está de acuerdo con nuestra población global.³⁹ Sin embargo, constatamos que los escritores conservadores son más a menudo originarios de la periferia, mientras que la mitad de los escritores de extrema derecha han nacido en París. Pero los escritores «de derechas» tienen en sus filas más efectivos que se han trasladado a París para cursar los estudios secundarios que sus colegas «de izquierdas»,⁴⁰ hecho que da muestra de los recursos familiares y de las estrategias educativas de las que se benefician los primeros. La derecha recluta dos veces más que la izquierda entre los escritores escolarizados en un *grand lycée* parisino (casi dos de cada cinco) y entre los que han cursado la secundaria en un instituto católico (uno de cada cuatro). Los escritores «de izquierdas» están globalmente peor dotados en cuanto a capital académico: dos de cada cinco no han seguido estudios superiores, frente a un

escritor «de derechas» de cada cinco, y aquellos poseen un título superior al bachillerato con una frecuencia casi dos veces menor (40% frente al 70% de los escritores «de derechas»). La distancia disminuye si estos resultados se relacionan con la edad de los escritores de los dos sectores, ya que los escritores «de izquierdas», que son más jóvenes, han sido escolarizados en una época de expansión de la universidad republicana.⁴¹ Observamos que si los incidentes durante la etapa de escolarización, a causa de las dificultades financieras, motivos de salud, el fracaso escolar o la guerra, son globalmente más frecuentes en la izquierda que en la derecha (un tercio contra menos de un cuarto), los escritores de extrema derecha han conocido la tasa más alta de fracaso escolar (casi uno de cada cinco, contra un escritor «de izquierdas» de cada diez), lo que, por otra parte, explica el resentimiento frente a la escuela republicana, algo que fundamenta su anti-intelectualismo. Los escritores «de derechas» y «de izquierdas» no se diferencian de manera significativa por la naturaleza de sus estudios superiores, pero los primeros han frecuentado más a menudo centros de élite como una *grande école* o una *classe préparatoire* (44% frente a 15%). Las diferencias observadas respecto al origen geográfico y la trayectoria formativa tienden a reducirse al finales de los años 30 de la misma manera que lo hace el origen social, sin que la tendencia se invierta. Este hecho confirma un descenso relativo del reclutamiento social de la derecha, mientras que el de la izquierda va al alza.

En conclusión, los escritores «de derechas» y «de izquierdas» no se dividen significativamente según las profesiones que han ejercido, con la excepción notable de que los primeros son dos veces más a menudo periodistas que los segundos (es el caso de más de un escritor «de derechas» de cada cuatro en los años 20, y de uno de cada tres a finales de los años 30), lo que explica en parte el desequilibrio entre la prensa de derecha y la prensa de izquierda, menos poderosa y menos capaz de ofrecer puestos de trabajo a sus

39. Exceptuando el hecho de que los escritores de derechas son con menor frecuencia originarios de las colonias o del extranjero.

40. Más de un escritor de derechas de cada dos frente a menos de dos escritores de izquierdas de cada cinco residen en la capital desde la adolescencia, y el 80% de los primeros son parisinos en el momento de hacer los estudios superiores frente a un 60% de los segundos.

41. De 1891 a 1920, los efectivos de los estudiantes se han duplicado y han pasado de menos de 23 000 a casi 50 000 (Prost, 1968: 243).

«ideólogos», como también el hecho de que la derecha se alía con los escritores más profesionalizados, los que viven de la pluma (es decir, de su producción editorial y periodística) sin estrecheces, y miembros de instancias representativas de la profesión (sociedad de escritores, sociedad de los dramaturgos, etc.). Los escritores «de derechas» se reclutan generalmente entre los que han ejercido o ejercen una actividad profesional en el sector privado, periodistas incluidos (entre un 36% en los años 120 y un 44% durante el gobierno del Frente Popular, frente a un 30% y un 26% en la función pública, respectivamente); en cambio, los escritores «de izquierdas» provienen generalmente de la función pública (entre un 28% en los años 20 y un 34% durante el gobierno del Frente Popular, frente a un 20% y un 24% en el sector privado), pero la distancia, todavía débil en los años 20, no se hace notoria hasta después del año 1934, ante la amenaza del fascismo y, sobre todo, bajo el Frente Popular. Por otra parte, los adversarios de derechas se dan cuenta de ello, como demuestra el desprecio de François Mauriac respecto al «rebaño de los escritores funcionarios», «los Chamson, los Cassou, los Jean-Richard Bloc», «escabeles» a los pies de Malraux (Mauriac, 1947: 294). Observamos que el reclutamiento de la izquierda se duplica en la categoría de los escritores que ejercen o han ejercido de profesores (que pasan de 4 a 9 en cifras absolutas, lo que representa, respectivamente, del 10% al 15% de afiliación de la izquierda en los años 20 y a partir de 1934).

El reclutamiento social diferenciado de la derecha y de la izquierda en el campo literario hace surgir una fuerte correlación entre la fractura política y la oposición viejos/jóvenes, una de las principales oposiciones que estructuran el campo literario. Esto muestra, además, hasta qué punto esta fractura se debe a la herencia social, e ilustra la persistencia, bajo una forma escasamente disfrazada, del antagonismo entre los escritores de la alta sociedad y la bohemia literaria que observó Darnton a finales del siglo XVIII. Este antagonismo opone a un sector de escritores muy profesionalizados que vivían de la pluma y constituían también la élite del periodismo (articulistas, cronistas, reporteros) y a los jóvenes aspirantes, resignados a

realizar tareas para subsistir en el periodismo o en la edición (independientes, cronistas de sucesos, correctores, etc.); la fractura entre lo privado y lo público solo interviene, en el seno del campo literario, de manera secundaria y tardía, con la llegada del Frente Popular. Pensando en los primeros, en la Academia y en los salones, Albert Thibaudet, siguiendo a Alain, opuso la *ideología de izquierdas* política a la *ideología de derechas* de la carrera literaria: «el camino de la profesión de escritor está a la derecha», escribía en *La République des professeurs* (Thibaudet, 1927: 169). De todas maneras, cuando se compara, por ejemplo, a los miembros de la Académie Française con los surrealistas, esta oposición entre escritores socialmente dominantes y escritores socialmente dominados, que traslucía aquí el envejecimiento social (intensificado por la profesionalización durante la carrera), resulta útil, pero no representa todas las posiciones en el campo literario, y no permite, en particular, entender la posición (si bien central) de la vanguardia consagrada, representada por André Gide. Como durante el caso Dreyfus (Charle, 1990), la fuerte bipolarización política del campo intelectual en los años 30 revela de hecho una correlación entre la oposición derecha/izquierda y el segundo principio de estructuración del campo literario, que enfrenta, desde mediados del siglo XIX, un sector relativamente autónomo con un sector heterónimo.

LOS FUNDAMENTOS DE LA IDEOLOGÍA LITERARIA DE IZQUIERDAS

La oposición binaria explica solo parcialmente las complejas relaciones entre literatura y política y, reduciéndolas a una simple oposición social, omite el efecto de mediación que ejerce el campo literario en las elecciones políticas de los escritores. Estas tienen que referirse a otro factor de estructuración del campo literario: el que opone, desde la industrialización del mercado del libro, un sector de gran producción (sometido a la ley del mercado y regido por las cifras de venta) a un sector de producción restringido (preocupado por mantener una relativa autonomía en relación con la economía mercantil) y que

opone al éxito público el juicio de los colegas como único fundamento del valor simbólico de la obra (Bourdieu, 1992). Hay una estructura perpendicular que, como primer factor, opone en el espacio social a las clases dominantes y a las clases dominadas en función del volumen global del capital poseído y, como segundo factor, a los que poseen un capital de dominio económico y político (poder temporal) con los que poseen capital cultural o simbólico (poder espiritual). Esta estructura se encuentra en el seno del campo literario, pero invertida: si bien podemos oponer globalmente los escritores «dominantes» a los escritores «dominados» según el volumen global de notoriedad, se diferencian también según el tipo de notoriedad de que gozan: la notoriedad en el orden temporal (consagración institucional, éxito de ventas, cifras de tirada, etc.), de una parte, y el reconocimiento de los iguales como fundamento del capital simbólico, de la otra (Bourdieu, 1991).⁴² En el orden de los valores internos en el campo literario, es este segundo principio de notoriedad, de tipo específico, el que triunfa.

Este cambio de valores es un terreno favorable a la consolidación de la ideología de izquierdas, que en política hace girar a la izquierda la asimetría de la oposición cultural original (es decir, la lateralización a la derecha que constató Hertz). Y, de hecho, mientras que los escritores «de derechas» generalmente se reclutan entre los que tienen reputación de pertenecer a la alta sociedad o los que han tenido éxito de ventas (es el caso de casi la mitad de ellos), cerca de dos tercios de los escritores que se posicionan a la izquierda gozan de un reconocimiento de tipo específico (la proporción de escritores poco reconocidos en la población estudiada es casi la misma en la izquierda y en la derecha: un poco más de un cuarto).⁴³ Por otra

parte, a esta misma oposición remite la representación de la dicotomía geográfica entre *rive droite* y *rive gauche*. En 1947, André Billy escribía, evocando la «guerra de las dos orillas»: «¿Quién negaría hoy en día que la *rive gauche* ha acabado ganando? ¿Quién negaría que, en los años posteriores a 1918, el espíritu de la *Nouvelle Revue Française* se ha impuesto al academicismo y al *parisinismo*?» (Billy, 1947a).

La tensión entre «derecha» e «izquierda», tal como se traduce en el campo literario, se debe a la doble naturaleza de la literatura: en su calidad de producto de una élite intelectual que se concibe como tal, reservada, al menos en el pasado, a las clases cultivadas que conforman su público principal, se muestra unas veces como un instrumento de legitimación de la dominación que refuerza el sentimiento de superioridad y los valores de las clases dirigentes, y otras, como un producto que contiene un potencial subversivo. «Quizá es inútil intentar extraer teorías revolucionarias de una poesía de rebelión. Pero la agitación literaria tiene casi siempre, en sí, un poder amenazador», escribe el crítico Léon-Pierre Quint en la época de la liberación. Este potencial subversivo se ha autoafirmado desde el romanticismo, que condena a las nuevas generaciones a distinguirse por un movimiento de eterna superación de las soluciones formales adoptadas por sus mayores, y a la transgresión de las rutinas de lengua y de estilo. «Ego –De *derecha*, por instinto; de *izquierda*, por el espíritu, de *derecha* entre los de izquierda, y de *izquierda* entre los de derecha. Aquí, me repugnan las ideas, y allá, el género», escribe en 1934 Paul Valéry en sus *Cahiers* (Valéry, 1974: 1494). «Tengo la inteligencia a la derecha y el corazón a la izquierda», decía igualmente André Gide, que, además, en 1941 explica a Jean Schlumberger: «Como si no hubiera, igual que en la literatura, “fuerzas de orden y fuerzas de libertad”, tal

42. Véase Pierre Bourdieu (1991: 4-46, y más concretamente el gráfico de la pág. 11). Para la estructura del espacio social, véase Pierre Bourdieu (1979: 128 y ss).

43. Se ha construido el indicador del tipo de reconocimiento teniendo en cuenta el conjunto de las variables que tratan del tipo de consagración que se ha codificado separadamente: premios literarios, reconocimiento institucional (afiliación a las academias y a los jurados literarios), citas y extensión

de las reseñas en las antologías contemporáneas, reconocimiento póstumo (diccionarios actuales), etc. El análisis de las correspondencias que hemos realizado a partir de esta población diferenciaba claramente los dos tipos de personalidades, de la alta sociedad y específica, y las instancias de consagración de cada uno, las academias y los premios de novela, por una parte, y los premios Nobel y Premio Nacional de las Letras, por la otra; véase Sapiro (1999) y, específicamente, los gráficos en el anexo.

como tú muy bien dices –¡pero aún más alto!– una derecha y una izquierda; y que nosotros sabemos muy bien lo que queremos decir cuando oponemos, aunque sea interiormente, el uno al otro». ⁴⁴ La tensión entre «derecha» e «izquierda», que aquí se refiere a pares de oposiciones cultas, Clasicismo y Romanticismo, composición y estilo, obligaciones y libertad, razón y sentimiento, expresa también la posición de contradicción que ocupan los representantes del sector autónomo. A partir del Segundo Imperio, estos se definen por su doble distancia respecto al arte burgués y al arte social (Cassagne, 1997 [1906]; Bourdieu, 1979). Su elitismo y su rechazo a subordinar su arte a una causa extraliteraria les lleva a rehusar a los partidarios del arte social o a sus equivalentes más tardíos, escritores proletarios o representantes del realismo socialista; pero los escritores más autónomos normalmente se ven relacionados con la izquierda por su lucha contra los escritores conservadores que condenan el potencial subversivo de sus obras en nombre de la salvaguardia del orden moral y social.

Este combate entre escritores conservadores y defensores de la autonomía se expresa mediante la oposición entre responsabilidad y libertad (o carácter gratuito) que sostiene el debate culto sobre el arte desde 1880 hasta la liberación. ⁴⁵ Durante todo este período, la noción de responsabilidad es ampliamente aceptada por los ideólogos conservadores o reaccionarios que, siguiendo la estela de los pensadores de la contrarrevolución, consideran que los intelectuales son simplemente sospechosos de ser instigadores de problemas, y procuran marcar límites al pensamiento crítico y a la creación, bajo la sospecha de tener un potencial de subversión.

44. André Gide, carta a Jean Schlumberger, 5 de junio de 1941, en André Gide y Jean Schlumberger (1993: 930). La primera cita se ha extraído de Lucien Combelle (1951: 51).

45. Este análisis lo desarrollamos en una comunicación titulada «La responsabilité de l'écrivain: de Paul Bourget à Jean-Paul Sartre» en el coloquio «Pour une histoire sociale de la littérature» organizado por Joseph Jurt, 21-23 de octubre de 1999 (Sapiro, 2001).

Es significativo que esta noción de responsabilidad se teorizara en el momento en que la República instauraba la libertad de expresión (ley de 1881 de la libertad de prensa) y comenzaba a generalizar el acceso al saber y a la lectura, democratizando su enseñanza. Puesto que el Estado se libraba del control de las conciencias al rechazar el poder de censura de la Iglesia, los hombres de letras se convertían en guardianes del orden moral y social en el seno del mundo intelectual y recordaban a los escritores sus responsabilidades sociales. El novelista Paul Bourget trató la cuestión en el célebre prólogo de su novela *Le Disciple* (1889), que aspiraba a ilustrarla y anunciaba su próxima adhesión a la Iglesia católica.

La polémica que suscitó la aparición de *Le Disciple* estableció los términos del debate: frente a Anatole France, que defendía los «derechos imprescindibles» de pensamiento y de la libertad de expresión de todo sistema filosófico, el crítico Ferdinand Brunetière en *Revue des Deux Mondes* marcaba los límites a la audacia de la especulación intelectual (Louré, 1996: 55). Pasa lo mismo con la literatura. Un escritor católico formuló claramente este antagonismo durante la Gran Guerra: «la responsabilidad del escritor limita sus derechos» (Fonsegrive, 1917: 73). La experiencia de la guerra y la Unión Sagrada han contribuido a legitimar esta noción de responsabilidad en el campo literario. En su nombre, al acabar el conflicto, los escritores católicos y nacionalistas inician una campaña contra André Gide y sus imitadores, agrupados en la *Nouvelle Revue Française*, condenando el subjetivismo, el pesimismo y el inmoralismo del autor de *Les Caves du Vatican*. Estos ataques se volverán a producir (con frecuencia a manos de los mismos, principalmente del crítico católico y partidario de Maurras, Henri Massis) a partir de la llegada del régimen de Vichy: desde la denominada *querelle des mauvais maîtres* ('querrela de los malos maestros'), se acusó a los escritores más reconocidos de entreguerras, con Gide al frente, de tener una parte de responsabilidad en la derrota de Francia por haber ejercido una influencia negativa en la juventud (Sapiro, 1999).

Ante estos ataques, los escritores mencionados y sus críticas invocan el carácter gratuito de la literatura, su falta de responsabilidad, su carácter lúdico (no es

más que un juego), argumentos forjados a lo largo del proceso del siglo XIX como forma de presentar como inocente al autor ante los tribunales (Prassoloff, 1989: 126-127), y que construyen la teoría del arte por el arte, desde la cual se afirma la autonomía del campo literario. Pero estas polémicas a menudo los empujan también a radicalizar su posición, como en el caso de André Gide, que, como reacción a los ataques de los críticos católicos y nacionalistas (principalmente Henri Massis), hace público su alegato en defensa de la homosexualidad (*Corydon*, 1924) y, más adelante, en 1932, proclama su simpatía por el comunismo.

«La ideología de izquierdas» encuentra así un punto de anclaje privilegiado en una oposición estructuradora entre autonomía y heteronomía, y en la disimetría que incluye. Ante una auténtica «derecha» ideológica, conservadora o reaccionaria, que hace de intermediaria con los sectores dominantes del campo de poder para contener la autonomía de la literatura y del pensamiento, los defensores de esta autonomía, que generalmente se unen al sector simbólicamente dominante del campo literario, se movilizan para protegerla. Mauriac expresaba perfectamente esta disimetría al referirse a la Académie Française, que aparecía en esta descripción como un modelo a escala reducida del campo del poder, con su sector político y económico dominante, y su sector intelectual dominado:

El público admite que en la Académie Française hay una izquierda y una derecha. Y, respecto a la derecha, no se equivoca. Este puede ser el último «reducto» francés donde subsiste una derecha auténtica. Y más todavía: un lugar en que la derecha subsiste en estado puro. En cuanto a la izquierda... «¡Otro comunista!» suspiró el mariscal Pétain cuando Georges Duhamel fue elegido. Esto lo dice todo. Incluso bajo esta forma tan benigna, niega que exista una izquierda en la Academia. Lo que pasa es que hay algunos escritores que desearían [...] hacer entrar a otros escritores.⁴⁶

Como hemos sugerido antes, sus luchas contra esta derecha ideológica conducen a los representantes del sector intelectual más autónomo a politizarse y a aliarse con la izquierda política.

La disimetría se debe a los mecanismos de la movilización: mientras que los escritores conservadores hacen de intermediarios de los poderes político y religioso para imponer límites al pensamiento crítico y a la creación, los representantes del polo autónomo tienden a universalizar los valores que están en la base de su *ethos* profesional. Así, al empleo de la literatura como instrumento de poder simbólico de las fuerzas de conservación se oponen, habitualmente, la función crítica de la actividad intelectual, la concepción de la literatura como búsqueda y los valores universales del espíritu. Por la defensa de la verdad y de la justicia se movilizan, tras Émile Zola y Anatole France, los partidarios de la revisión del proceso de Dreyfus. En el bando contrario, los antidreyfusianos (entre los que están Maurice Barrès, Paul Bourget y Ferdinand Brunetière —que, de vez en cuando, también se han relacionado con la Iglesia católica—) invocan la razón de estado como límite de la búsqueda de la verdad por parte de la investigación judicial y, por descontado, como límite para el ejercicio de la función crítica de aquellos a los que estigmatizan como «intelectuales». De la misma manera, después de la guerra de 1914, el director de la *Nouvelle Revue Française*, Jacques Rivière, replica a los escritores próximos a *Action française* que quieren someter la literatura al moralismo nacional que la indiferencia en el orden del pensamiento y de la creación es un deber patriótico por la salvaguarda del prestigio de Francia (Rivière, 1919: 4): la «indiferencia» se opone aquí implícitamente al utilitarismo de aquellos que, en nombre de la responsabilidad del intelectual, desean someter el arte y el pensamiento a finalidades externas. En los años 30, en nombre de la «defensa de la cultura», bajo la protección de André Gide y de Romain Rolland, se produce la movilización de los intelectuales antifascistas, bien representados en la *Nouvelle Revue Française*, mientras que los intelectuales neopacifistas de derecha (entre los cuales hay un gran número de miembros de la Académie Française) se erigen en guardianes de la «civilización occidental» y se

46. François Mauriac, «L'examen des titres», *Le Figaro littéraire*, 15 de abril de 1955, reimpresso en Jean Touzot, dir. (2000: 403).

solidarizan, por esta razón, con los regímenes fascistas (Sirinelli, 1990). Finalmente, bajo la ocupación, frente a los intelectuales colaboracionistas y partidarios de Vichy que intentan someter la literatura a los valores de la «Revolución nacional», la defensa de la libertad (y de la libertad de expresión) es el resorte de la movilización de los representantes del sector autónomo en una oposición activa a la ocupación nazi y al régimen de Vichy, mientras que las prácticas de «contrabando» literario (el recurso a un lenguaje codificado) y de la clandestinidad devuelven a la literatura toda su carga subversiva (Sapiro, 1990).

EL ADVENIMIENTO DE UNA IZQUIERDA LITERARIA A PARTIR DE LA LIBERACIÓN

Hay que esperar a la liberación para ver superada la antinomia entre «responsabilidad» y «libertad», heredada de Paul Bourget y que constituía el debate intelectual hasta entonces. Esta evolución permite la aparición de una izquierda literaria independiente que se convierte en un agente de pleno derecho en el campo de producción ideológica, asumiendo por completo la postura del «intelectual» en la continuidad de los compromisos dreyfusiano y antifascista con los que se identifica, pero ya sin limitarse a los posicionamientos puntuales ligados a asuntos políticos concretos. Ahora tendrá un papel de primer orden en la definición y la codificación de la división ideológica izquierda/derecha.

La superación de la antinomia entre «responsabilidad» y «libertad» es obra de la resistencia literaria, en el momento en que vuelve a apropiarse también del moralismo nacional que la derecha nacionalista había acaparado desde el final del siglo XIX (la defensa de la patria y la de la libertad constituyen un mismo combate para los escritores resistentes). El restablecimiento del sentido jurídico primero de la noción de «responsabilidad», los procesos de depuración y, en particular, la condena a muerte de Robert Brasillach, provocaron violentos enfrentamientos entre partidarios de la indulgencia y partidarios de la intransigencia. Esta división, que estructura la recomposición del

campo intelectual, es en buena medida la expresión de la lucha de concurrencia entre la nueva generación, nacida de la Resistencia (Sartre, Camus, Vercors), y sus antecesores de antes de la guerra (Paulhan, Mauriac, Duhamel). Esta coincide también, naturalmente, con la división política izquierda/derecha. A la concepción de plena responsabilidad del escritor por la cual los recién llegados intentan imponerse en el campo literario, los antiguos oponen el derecho al error o los límites de esta responsabilidad.

Sartre completa el trabajo de redefinición y teorización de la noción de *responsabilidad*, que, en el marco de su filosofía existencialista, disocia del moralismo nacional, al que estaba históricamente ligada, para ligarla a su concepción de la libertad. Al decretar que el acto de escribir es el que compromete, y haciendo al escritor «de una vez por todas responsable de la libertad humana» (Sartre, 1998: 31), Sartre lleva al paroxismo la propensión de los escritores a universalizar los valores fundadores de su *ethos* profesional, reafirmando el principio de autonomía en relación con la militancia de los intelectuales de partido que representan, en la misma época, Louis Aragon y Paul Éluard. Esta concepción, que sostiene su teoría de la «literatura comprometida» y que está anclada en los modelos del compromiso de Émile Zola a favor del capitán Dreyfus y en el de la resistencia intelectual, crea la posición que triunfa a partir de 1945 y que ocupa la revista que dirige (Boschetti, 1985). Si bien es cierto que el lanzamiento de *Les Temps Modernes* en Gallimard (que reemplaza a la difunta *Nouvelle Revue Française*) ilustra el cambio de paradigma en el sector simbólicamente dominante del campo literario, del arte puro a la «literatura comprometida», André Billy no se equivoca cuando ve en «el ascenso brillante» de Sartre el resultado de la victoria de la *rive gauche* y el triunfo del «espíritu de la *Nouvelle Revue Française*» sobre «el academicismo» (Billy, 1947a). Pero este cambio de paradigma permite la llegada de una izquierda literaria autónoma respecto a los partidos políticos y que tiene un papel en la definición y en la elaboración de los valores de la izquierda más allá de sus subdivisiones. El fracaso del intento de Sartre de crear, con David Rousset, un partido político de intelectuales, el

Rassemblement démocratique révolutionnaire (RDR) en 1947, y su decisión de ser compañero de viaje del Partido Comunista [francés] durante la Guerra Fría, si bien expresan la dificultad de mantener esta posición autónoma sin renunciar a implicarse en el terreno político, no han afectado el prestigio de esta figura del compromiso. Encarnación de lo que Pierre Bourdieu denominaba «el intelectual total» (Bourdieu, 1980), Jean-Paul Sartre consigue convertir al escritor de izquierdas en la figura paradigmática del intelectual, en un momento en que la nueva bipolarización del campo literario engendrada por la guerra fría (que coincide en gran parte con la división entre «indulgentes» e «intransigentes» sobre la cuestión de la depuración) favorece más que nunca la aplicación de la oposición derecha/izquierda.

En efecto, el mundo de las letras no se había fracturado políticamente. El campo denominado «progresista», que reúne a escritores comunistas y no comunistas, está representado por el Comité Nacional de los Escritores (CNE), organismo nacido de la Resistencia, *Les Lettres françaises*, *La Nouvelle Critique*, *Les Temps Modernes* y *Esprit*. Desde 1947, los escritores comunistas inician una campaña contra la importación de la literatura estadounidense de éxito y contra el retorno al mercado de los libros de los colaboracionistas. Elsa Triolet, que establece las bases de una reflexión para la difusión del libro progresista, en una conferencia en el CNE en marzo de 1948, se lamenta de la ausencia de una «crítica de combate» en el campo progresista.

Los intelectuales de izquierda no consideran todo libro como un arma a favor nuestro o en contra nuestra.

La crítica de combate de nuestros adversarios, en nuestro país se sustituye por una crítica que presume de no juzgar los libros desde el punto de vista de su calidad artística. Aquí decimos: es un libro escrito por un hombre de gran talento, talento nocivo, pero, en cualquier caso, talento. [...]

Respecto al juicio sobre los talentos y la calidad artística, los intelectuales de izquierda abrazan

la tesis del enemigo y no creen en el valor de nuestra literatura (Triolet, 1948: 74).

El campo contrario se expresa principalmente en *Le Figaro littéraire* y en *La Table ronde*, relevado por *La Parisienne* a partir de 1953, mientras que la extrema derecha partidaria de Vichy y colaboracionista se reorganiza, primero de manera clandestina y después abiertamente desde 1948. La apropiación del moralismo por parte de los escritores progresistas comporta una reacción de la derecha literaria, que desde entonces es partidaria del arte por el arte y que en su nombre defiende «la irresponsabilidad» del escritor. Esta derecha encuentra partidarios entre los miembros de una nueva generación bautizada como los *hussards* o húsares (Jacques Laurent, Roger Nimier, Antoine Blondin). Teniendo como objetivo la figura simbólicamente dominante de Sartre, estos ven en él al heredero de la literatura de tesis de Paul Bourget y de su academicismo universitario en nombre del arte por el arte (Laurent, 1951). A su vez, se ven caracterizados en las columnas de *Les Temps Modernes* como entes de tendencia «fascista» (Frank, 1984: 21). Sin ir más lejos, hemos podido señalar el carácter puramente formal de su reivindicación del principio del arte por el arte, que tiene como objetivo, de hecho, exculpar a los escritores colaboradores condenados en el contexto de los procesos de depuración, y que no solamente contradicen sus actividades periodísticas, muy comprometidas políticamente, sino también sus obras, cuyo mensaje ideológico basta con analizar (el restablecimiento de los escritores colaboradores y del régimen de Vichy), así como la elección misma de su género predilecto: la novela histórica (Hewitt, 1996; Simonin, 1998).

El enfrentamiento entre los dos campos culmina en 1955, en medio de una coyuntura de crisis de la izquierda parlamentaria y de apogeo del movimiento poujadista, cosa que contribuye a la codificación de la división ideológica derecha/izquierda. En marzo de 1955 *Les Temps Modernes* publica un número sobre «La Izquierda» con el objetivo de comprender las divisiones (especialmente entre la Section Française de l'Internationale Ouvrière, SFIO,

y el Partido Comunista) y de hacer una llamada a favor de un nuevo Frente Popular. Lo hace, también, para reafirmar la pertinencia de estas categorías de derecha y de izquierda frente a la tendencia (según el espíritu de la época) a negarlas, particularmente desde la derecha. Insistiendo en la relatividad de las nociones de derecha y de izquierda, una en relación con la otra, Claude Lanzmann escribe que la izquierda, que es negación, rechazo, se afirma designando a la derecha y constituyéndola como su antagonista (Lanzmann, 1955: 1626 y ss.). Por eso, el número se abre con un largo estudio de Simone de Beauvoir dedicado a «El pensamiento de derecha de hoy» (de Beauvoir, 1955).

Simone de Beauvoir analiza la retórica de derecha: defensa de la civilización occidental, identificación del comunismo con la barbarie, humanismo que reserva el título de «hombres» solamente a los «civilizados» y lo niega a las «masas»; estas son las ideas mediante las cuales la burguesía confiere una apariencia de universalidad a la defensa de sus privilegios. De Beauvoir describe también la posición ambigua de los ideólogos de derechas, objetos de desconfianza para la burguesía como intelectuales y especialistas, condenados por esto mismo y, debido a su desprecio por el común de los mortales y por las obligaciones vilmente materiales que recaen sobre ellos, a resguardarse en los cielos del idealismo para elogiar las cualidades de una concepción abstracta de la humanidad. Según de Beauvoir, estos ideólogos (Nietzsche, Spengler, Scheler, Jaspers y muchos otros) ofrecen las justificaciones cultas necesarias para la afirmación de la superioridad burguesa y para la legitimación de los privilegios que aparecen fundamentados por naturaleza, o como mínimo ampliamente merecidos. Su teoría de la élite, que exalta al santo, al genio, al superhombre, al héroe, se basa en las oposiciones eruditas entre maestros y esclavos, grandes hombres y masa, élite y pueblo, etc, y en la valorización del gusto, de la elegancia... en resumen, de las cualidades por las que esta élite afirma su distinción, es decir, su distancia y su diferencia del resto de los mortales. Y es este rechazo de la ley del número y, por lo tanto, de las leyes estadísticas, lo

que los lleva a responder a la ciencia, en nombre de la singularidad y el azar, aunque la burguesía sí que cree en la ciencia. Es también en estas concepciones donde arraiga su antiintelectualismo, ya que prohíben a las masas el acceso a la cultura y al saber. El arte, depositario de los valores eternos accesibles a una minoría de escogidos, es el terreno predilecto de estas ideologías, y no dejan de esgrimir la amenaza de muerte que comporta la igualdad social. No obstante, el hombre de izquierda, escribe Simone de Beauvoir, lejos de aceptar esta anexión del arte por parte de la burguesía, la rebate particularmente porque en el pasado la literatura «constituyó a menudo una auténtica revuelta contra la burguesía: no hay más que citar a Rimbaud, Mallarmé, los surrealistas» (de Beauvoir, 1955: 2234). Por otra parte, añade, desde el final de la última guerra los escritores de derechas se identifican con la literatura a condición de que esta no esté comprometida, incluso cuando, bajo la ocupación, cuando ellos creían que estaban del lado de los vencedores, habían recriminado a los intelectuales el hecho de que se hubieran mantenido al margen del bullicio. Al descubrir su estrategia, de Beauvoir muestra la inconsecuencia de su reivindicación del arte por el arte respecto al carácter muy comprometido de sus escritos y de sus obras.

Como respuesta al número sobre «La Izquierda» de *Les Temps Modernes*, en junio de 1955 *La Parisienne*, revista dirigida por Jacques Laurent y plataforma de los *hussards*, publica bajo el título «*Existe-t-il un style littéraire de droite?*» («¿Existe un estilo literario de derecha?») la grabación de una discusión entre Jacques Audiberti, Antoine Blondin, Jacques Laurent, Félicien Marceau, Roger Nimier y Paul Sérant, reunidos por André Parinaud. Los *hussards* rehúsan la etiqueta de derecha que les ha asignado *L'Express* (que representa entonces la esfera de influencia afín a Mendès). Su táctica consiste en demostrar la inanidad de la oposición derecha/izquierda por el hecho de su reversibilidad en el tiempo (por ejemplo, Paul Sérant explica: «Hasta la última guerra, la derecha defendía la ciudad y la izquierda, el individuo. Después de la guerra, parece que sea un poco lo contrario»), (Laurent, 1989[1955]) o incluso a hacer de ello objeto

de mofa (Jacques Laurent la reduce también a una cuestión de lenguaje: «Antes había un sistema muy simple para distinguirla a la gente de derechas y la de izquierdas. Al trasatlántico *Normandie*, la gente de derechas lo llamaba *La Normandie*, en femenino, y la gente de izquierdas lo llamaba *Le Normandie*, en masculino. He aquí una paradoja que encantará a los redactores de *L'Express*, acostumbrados a juzgar sumariamente») (*Ibid.*, pág. 140).

En el terreno literario, reivindican el carácter «gratis» contra el moralismo del «novelista de izquierdas». Este, explica Jacques Laurent, «no olvida los imperativos de su partido en el momento en que tiene que hacer que un joven y una joven se acuesten» (*Ibid.*, pág. 143). Según él, «el escritor de izquierdas» somete la literatura a objetivos que le son ajenos, sacrificando las reglas del arte a la ideología al encarnar a sus adversarios en los personajes novelescos caricaturizados, al contrario que un Marcel Aymé, que en *Uranus* ha sabido (dice él) representar a un comunista «de manera simpática» (*Ibid.*, pág. 151). Para él, «el escritor de derechas» se caracterizaría por su libertad. De hecho, Jacques Laurent lo define como aquel que no acepta directrices, que escribe sin atenerse a un código, reconociendo que «esta definición solo tiene sentido frente a una izquierda militante» (*Ibid.*, pág. 146). El escritor de derechas es, según Jacques Laurent, un escritor cómico, que tiene estilo y se preocupa por la lengua y por la forma por encima de todo. «El escritor de izquierdas, en cambio, aspira a escribir como lo hace todo el mundo en la medida en que quiere expresar un pensamiento colectivo» (*Ibid.*, pág. 148).

En cuanto al estilo, Jacques Audiberti no duda en oponer las cualidades «aristocráticas»: la naturalidad, la fluidez, el «tono elegante desenvuelto, deliberadamente tosco, en el que se recupera el lenguaje oral de una alta sociedad activa y bienhablada» frente al «martilleo laborioso, de zapatero, de herrero, “proletario” de algunos, Michelet, Hugo, Péguy». Lo que dice a continuación, que desarrolla esta serie de oposiciones cultas entre el espíritu y la forma, lo que se hace con facilidad y lo que se hace a base de trabajo, la desenvoltura y el espíritu de seriedad, merece una larga cita:

Aquellos, por una especie de obsesión material y cuadrículada de la frase independientemente de los vientos que los guían, aquellos sugieren la CGT. [...] Estos herreros prosódicos engendran Jaurès. Zola llama a su puerta. Muestran sin parar sus brazos, su sudor. Tienen, como mínimo, un predecesor, Bossuet. En efecto, Bossuet, como Hugo, defendía el músculo. Levantaba el martillo. Pero Stendhal [...], como Saint-Simon, aunque se pasa la vida escribiendo, parece que no tiene tiempo de escribir, ocupado en citas, baños, pedicuras, arzobispos. Leconte de Lisle, que trabajaba sus versos bajo un torno, sería un escritor de izquierdas. De derechas, Jean Paulhan, a pesar de fingir que escribe con la punta de los dedos. De derechas también, Drieu la Rochelle, siempre en los límites de las faltas de ortografía, bien por dandismo sutil, bien por brillante dejadez.

Si los *hussards* rehúsan la etiqueta de derechas es por el descrédito en que está sumida la derecha ideológica desde la liberación, como reconocía Audiberti. Cuando explica que le desagradaría ser identificado con la derecha, mientras que la etiqueta de izquierdas no le pesaría (aquí encontramos la ideología semánticamente de izquierdas), Audiberti intenta desmarcarse de los «escritores de derechas profesionales y propiamente dichos, ayer un Jacques Bainville, hoy un Pierre Boutang, [que] se denominan, afortunadamente, de extrema derecha, lo que permite no confundirlos con los escritores con disposición individualista» (*Ibid.*, pág. 148). Pierre Boutang no deja de responder a esto en el número que *La Parisienne* dedica a «La Derecha» unos años más tarde: «[...] cualquier servicio que haya podido ofrecer después de 1944 una determinada joven derecha frívola, por ejemplo en *La Parisienne*, no habrá diferido el momento ni la puesta en práctica de una verdadera reacción a los mitos de la izquierda triunfante» (Boutang, 1956: 537).

Este número de *La Parisienne* sobre «La Derecha», aparecido en diciembre de 1956, constituye la verdadera respuesta al de *Les Temps Modernes* sobre «La Izquierda». Jacques Laurent denuncia vigorosamente un proyecto que ha «movilizado contra la derecha de una manera

laboriosa todo aquello que podemos esperar de una mala fe aleccionadora» (Laurent, 1989[1955]: 519) y ha reactivado así la vieja oposición entre creador y profesor, *auctor* y *lector*, creación e imitación, invención y repetición, talento y dedicación, genialidad y destreza, elegancia y pedantería, facilidad y esfuerzo, heredero y becado. A este sistema de oposiciones remiten las representaciones de las diferencias entre un estilo de derechas y una escritura de izquierdas citadas anteriormente (y no es casualidad que se haya escogido a Péguy, estudiante becado de la Escuela Normal Superior, para ilustrar la segunda). El enfrentamiento entre *La Parisienne* y *Les Temps Modernes* resucita, pues, la oposición estructural entre el hombre de letras y el intelectual subyacente en los posicionamientos durante el caso Dreyfus. Pero, según reconocía como conclusión François Nourissier, este número de *La Parisienne* huele mucho a rancio, entre los que rechazan la división derecha/izquierda (Jacques Laurent), los doctrinarios que se referían al pasado (Pierre Boutang, que lamenta la ausencia de elaboración de una «teoría del bien común nacional» (p. 357); Pierre Andreu, nostálgico de la tentativa de síntesis, antes de la guerra de 1914, entre monárquicos y sindicalistas) y los testimonios decepcionados de antiguos hombres de extrema derecha que expresan su arrepentimiento por haber abandonado el firmamento de la literatura (Claude Elsen, «Le ci-devant»; Robert Poulet, «Adieu au fascisme»).

La derecha literaria tendrá que esperar hasta la guerra de Argelia para devolver a su nacionalismo una «credibilidad» que su adhesión a Vichy o al colaboracionismo y su combate contra la Resistencia habían sacudido durante mucho tiempo. Una vez más, la fuerte bipolarización de la cuestión política se presta bien a la aplicación de la división derecha/izquierda en el campo intelectual, y la nueva oposición coincide ampliamente con las discrepancias anteriores. Esta cristaliza en el otoño del 1960 en una nueva batalla de manifiestos. La «declaración sobre el derecho a la insumisión en la guerra de Argelia» (Manifiesto de los 121) une a la izquierda existencialista, los surrealistas y la vanguardia constituida por los novelistas del *Nouveau roman* que, a pesar de su rechazo de la «literatura

comprometida» y su voluntad de separar nuevamente arte y política, recuperan por su cuenta la concepción sartriana de la responsabilidad del escritor como hombre (como ciudadano, dicen ellos) (Simonin, 1996). Ante esta situación, los defensores de «la Argelia francesa» y «de Occidente» se reúnen para firmar el «Manifiesto de los intelectuales franceses»: en esta lista, donde los *hussards* son con diferencia los más jóvenes, estos se relacionan con la derecha académica.⁴⁷

Puesto que remite a la oposición entre dominantes y dominados, la dicotomía derecha/izquierda se aplica particularmente bien al campo literario en que, igual que en el campo político, la lucha por la conservación o la transformación de las relaciones de fuerza queda abierta. La fuerte propensión del campo intelectual francés a bipolarizarse, como hemos visto, lo ha hecho particularmente permeable a estas categorías políticas. Sin embargo, el análisis en términos de *derecha* e *izquierda* no puede preceder ni en ningún caso debe preceder al estudio de los principios de estructuración propios de este universo simbólico, en que este análisis se añade a las oposiciones preexistentes. Así, la oposición dominantes/dominados, que remite en un primer momento al volumen global de la notoriedad, se especifica después según el tipo de notoriedad, simbólica por una parte, económica y política, por otra, y vuelve a la dicotomía autonomía/heteronomía. La ideología de izquierdas del campo literario se basa en la posición dominada que ocupa en el campo del poder (frente a los detentores del capital económico y político) y en el cambio de valores que ha implicado el proceso de su autonomización: rechazo de la lógica económica y de las formas de legitimación de la alta sociedad. La afinidad de los defensores de la autonomía por la izquierda se basa en su propensión a oponerse a los valores de los sectores temporalmente dominantes que fundamentan su *ethos* intelectual (espíritu crítico, búsqueda de la verdad, etc.), pero esta afinidad se intensifica en la confrontación con los ideólogos conservadores, que se erigieron en censores de los iguales en el momento de la liberalización de la

47. Los dos manifiestos están reimprimos en Jean-François Sirinelli (1990: 210-215).

prensa y del aumento del público potencial, a través de la noción de responsabilidad y del moralismo nacional. La apropiación de esta noción por parte de los escritores resistentes y la disociación del moralismo nacional por parte de Sartre permitieron el advenimiento de una izquierda literaria después de la liberación. Aunque quedan por determinar las razones de la atenuación de

la fractura política en el seno del mundo de las letras desde el finales de los años 70, se puede constatar que esta continúa estructurando el campo intelectual francés (Duval *et al.*, 1998). Así, al imponer una problemática política en el polo autónomo para limitar los derechos de la literatura y del pensamiento, ¿creó la derecha intelectual a sus adversarios más temibles?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agathon (1995 [1913]). *Les jeunes gens d'aujourd'hui*. París: Plon, 1913, reed. Imprimerie Nationale, presentación de Jean-Jacques Becker.
- Ambroise, J.-C. (1998). *Henry Poulaille et le mouvement français pour la littérature prolétarienne. Position littéraire, représentations, prises de positions politiques 1925-1944*, tesis doctoral, Université Rennes I.
- Arland, M. (1952). *Essais & Nouveaux essais critiques*. París: Gallimard.
- Bandier, N. (1999). *Sociologie du surréalisme 1924-1929*. París: La Dispute.
- Benda, J. (1927). *La Trahison des clercs*. París: Grasset.
- Bernard, J.-P. (1972). *Le Parti communiste français et la question littéraire 1921-1939*. Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble.
- Billy, A. (1947a). Rive gauche et rive droite. – Une grande révolution du goût. *Le Figaro littéraire*, 1 de noviembre de 1947.
- Billy, A. (1947b). *Le Pont des Saints-Pères*. París: Fayard.
- Bompaire-Evesque, C.-F. (1988). *Un débat sur l'Université au temps de la Troisième République. La lutte contre la Nouvelle Sorbonne*. París: Aux amateurs du livre.
- Bon, F. (1985). Langage et politique. En M. Grawitz, y Leca, J. (dir.), *Traité de science politique*, 3. París: PUF.
- Boschetti, A. (1985). *Sartre et les Temps modernes*. París: Minuit.
- Bourdieu, P. (1971). Le marché des biens symboliques, *L'Année sociologique*, 22, 49-126.
- Bourdieu, P. (1979). *La Distinction. Critique sociale du jugement*. París: Minuit.
- Bourdieu, P. (1980). Sartre. *London Review of Books*, 2, 11-12.
- Bourdieu, P. (1991). Le Champ littéraire. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 89.
- Bourdieu, P. (1992). *Les Règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*. París: Seuil.
- Boutang, P. (1956). Bilan et avenir, *La Parisienne*, La Droite, octubre de 1956.
- Carbonnel, M. (2000). *Modernité de la critique et critique de la modernité: débats et représentations autour de la crise de la critique littéraire française (1880-1930)*, París: EHESS.
- Cassagne, A. (1997 [1906]). *La Théorie de l'art pour l'art en France chez les derniers romantiques et les premiers réalistes*. París: Champ Vallon.
- Charle, C. (1977). Champ littéraire et champ du pouvoir, les écrivains et l'affaire Dreyfus. *Annales (ESC)*, 2, 240-264.
- Charle, C. (1979). *La Crise littéraire à l'époque du naturalisme. Roman. Théâtre. Politique*. París: Presses de l'ENS.
- Charle, C. (1982). Situation du champ littéraire. *Littérature*, 44.
- Charle, C. (1990). *Naissance des intellectuels 1880-1900*. París: Minuit, 1990.
- Combelle, L. (1951). *Je dois à André Gide*. París: Frédéric Chambriand.
- Cornick, M. (1995). *The Nouvelle Revue Française under Jean Paulhan, 1925-1940*. Amsterdam-Atlanta: Rodopi.
- Darnton, R. (1983). *Bohème littéraire et révolution. Le monde des livres au XVIIIe siècle*. París: Gallimard/Seuil.
- de Beauvoir, S. (1955) La pensée de droite aujourd'hui, *Les Temps Modernes*, La Gauche, 112-113, 1539-1575.
- de Loménie, B. (1931). *Qu'appellez-vous droite et gauche?*. París: Librairie du Dauphin.
- Delporte, C. (1999). *Les Journalistes en France (1880-1950). Naissance d'une profession*. París: Seuil.

- Descaves, L. (1946). *Souvenirs d'un ours*. París: Éd. de Paris.
- Dumont, L. (1990). Sur l'idéologie politique française. Une perspective comparative, *Le Débat*, 58, enero-febrero, 128-159.
- Dupray, M. (1986). *Roland Dorgelès. Un siècle de vie littéraire française*. París: Presses de la Renaissance.
- Duval, J. et al. (1998). *Le Décembre des intellectuels français*. París: Liber-Raisons d'agir, 1998.
- Fonsegrive, G. (1917). *De Taine à Péguy. L'évolution des idées dans la France contemporaine*. París: Bloud et Gay.
- Frank, B. (1984). *Grognards et Hussards [Les Temps modernes, 1952]*. París: Le Dilettante.
- Gauchet, M. (1993). La droite et la gauche. En P. Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire, III: Les France, 1. Conflits et partages* (pp. 395-467). París: Gallimard.
- Gaxie, D. (1978). *Le Cens caché. Inégalités culturelles et ségrégation politique*. París: Seuil.
- Gide, A., y Schlumberger, J. (1993). *Correspondance 1901-1950*. París: Gallimard.
- Grasset, B. (1929). *La Chose littéraire*. París: Gallimard.
- Haskell, Francis (1989). L'art et le langage de la politique. En *De l'art et du goût. Jadis et naguère*. París: Gallimard.
- Hertz, R. (1970 [1928]). La prééminence de la main droite. Étude sur la polarité religieuse. En *Sociologie religieuse et folklore* (pp. 84-109). París: PUF.
- Hewitt, N. (1996). *Literature and the right in postwar France. The Story of the Hussards*. Washington / Oxford: Berg.
- Lacroix, B. (1985). Ordre politique et ordre social. *Traité de science politique, 1*.
- Lanzmann, C. (1955). L'homme de gauche, *Les Temps Modernes*, La Gauche, 112-113, 1626 y ss.
- Laponce, J.A. (1981). *Left and Right. The Topography of political perceptions*. Toronto/Londres: University of Toronto Press.
- Laurent, J. (1951). Paul & Jean-Paul, *La Table ronde*, febrero de 1951, 22-53.
- Laurent, J. (1989 [1955]). *Les Années 50*. Lyon: La Manufacture.
- Lefèvre, F. (1996). *Une heure avec....* París: Gallimard, 1924-1929, reed. selectiva presentada y anotada por Nicole Villeroux, Nantes, Siloë.
- Loué, T. (1996). Les fils de Taine entre science et morale. À propos du *Disciple* de Paul Bourget (1889), *Cahiers d'histoire*, 65.
- Mannheim, K. (1990). *Le Problème des générations*. París: Nathan.
- Martin, M. (1997). *Médias et journalistes de la République*. París: Odile Jacob.
- Matonti, F. (2000). Les intellectuels et le Parti: le cas français. En M. Dreyfus et alii (dir.), *Le Siècle des comunismes* (pp. 405-424). París: L'Atelier.
- Mauriac, F. (1947). *Journal 1932-1939*. París: La Table Ronde.
- Nourissier, F. (1956) Les maladies de la droite, *La Parisienne, octobre de 1956*, 603-608.
- Paulhan, J. (1992). *Choix de lettres, t. II, 1937-1945. Traité des jours sombres*. París: Gallimard.
- Paulhan, J., y Arland, M. (2000). *Correspondance 1936-1945*. París: Gallimard.
- Péru, J.-M. (1991). Une crise du champ littéraire français: le débat sur la littérature prolétarienne, 1925-1935, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 89, 47-65.
- Peter, R. (1949). *L'Académie française et le XXe siècle*. París: Librairie des Champs Élysées.
- Prassoloff, A. (1989). *Littérature en procès: la propriété littéraire sous la monarchie de juillet*, tesis doctoral. París: EHESS.
- Prochasson, C. (1993). *Les Intellectuels, le socialisme et la guerre (1900-1938)*. París: Seuil.
- Prost, A. (1968). *Histoire de l'enseignement en France 1800-1967*. París: Armand Colin.
- Quint, L.-P., (1945). Les écrivains devant la société, *Les Lettres françaises*, 26 de mayo de 1945.
- Racine, N. (1967). Une revue d'intellectuels communistes dans les années vingt: *Clarté* (1921-1928), *Revue française de science politique*, 17(3), 484-519.
- Rémond, R. (1982). *Les Droites en France*. París: Aubier.
- Rieuneau, M. (1974). *Guerre et révolution dans le roman français 1919-1939*. París: Klincksieck.
- Rivière, J. (1919). La Nouvelle Revue française, *La Nouvelle Revue Française*, 69.
- Rony, O. (1977). *Les Années roman 1919-1939. Anthologie de la critique romanesque dans l'entre-deux-guerres*. París: Flammarion.
- Sapiro, G. (1999). *La Guerre des écrivains (1940-1953)*. París: Fayard.

- Sapiro, G. (2001). La responsabilité de l'écrivain: de Paul Bourget à Jean-Paul Sartre. En M. Einfalt, y J. Jurt (dir.), *Le Texte et le contexte. Analyses du champ littéraire français XIXe-XXe* (pp. 219-240). Berlín: Arno Spitz.
- Sartre, J.-P. (1998). *La Responsabilité de l'écrivain*. París: Verdier.
- Seigel, J. (1991). *Paris-Bohème. Culture et politique aux marges de la vie bourgeoise 1830-1930*, trad. fr. París: Gallimard.
- Serry, H. (1998). Les écrivains catholiques dans les années 20, *Actes de la Recherche en sciences sociales*, 124, 80-87.
- Serry, H. (2000). *L'Invention de l'écrivain catholique. Le mouvement de renaissance littéraire catholique (1880-1933). Contribution à une sociologie du renouveau*, tesis doctoral. Université Paris X-Nanterre, 2 vols.
- Simonin, A. (1996). La littérature saisie par l'Histoire. Nouveau Roman et guerre d'Algérie aux Éditions de Minuit. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 111-112, 69-71.
- Simonin, A. (1998). 1815 en 1945: les formes littéraires de la défaite. *Vingtième siècle*, 59, 48-61.
- Sirinelli, J.F. (1990). *Intellectuels et passions françaises. Manifestes et pétitions au XXe siècle*. París: Fayard.
- Stendhal, (1972). Salon de 1824. En *Mélanges*, III, Peinture, Oeuvres complètes. Ginebra: Édito-Service.
- Thibaudet, A. (1927). *La République des professeurs*. París: Grasset.
- Thibaudet, A. (1932). *Les Idées politiques de la France*. París: Stock.
- Thiesse, A.-M. (1991). *Écrire la France. Le mouvement régionaliste de langue française entre la Belle Époque et la Libération*. París: PUF.
- Touzot, J. (dir.) (2000). *François Mauriac*. París: L'Herne.
- Triolet, E. (1948). *L'Écrivain et le livre ou la suite dans les idées*. París: éd. Sociales.
- Valéry, P. (1974). *Cahiers*, t. II. París: Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade.
- Weber, M. (1959). *Le Savant et le Politique*, trad. fr. París: Plon.

NOTA BIOGRÁFICA

Gisèle Sapiro es investigadora del CNRS, en el Centro de Sociología Europea, y es profesora en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París. Es especialista en sociología de los intelectuales y la literatura y ha publicado varios trabajos sobre esta materia, entre los que destaca su libro sobre los escritores durante la ocupación *La guerre des écrivains 1940-1953* (París: Fayard, 1999).